

**VIOLENCIA
POLITICA
SEXUAL EN
DICTADURA**

Las mujeres torturadas por la DINA

**VIOLENCIA
POLITICA
SEXUAL EN
DICTADURA**

Las mujeres torturadas por la DINA

Jocelyn Escárte - Nancyloreto Muñoz - Marcela Tapia

A nuestras familias.
A las sobrevivientes.
A todos los que cooperaron en nuestra investigación.
A nuestro profesor guía.

ÍNDICE

11	PRÓLOGO
15	INTRODUCCIÓN: Una historia que falta por contar
21	CAPÍTULO 1: Tres y Cuatro Álamos
61	CAPÍTULO 2: Londres 38
87	CAPÍTULO 3: Villa Grimaldi
105	CAPÍTULO 4: José Domingo Cañas
131	CAPÍTULO 5: La “Venda Sexy”

Prólogo

La violencia contra las mujeres es un continuo en los tiempos llamados de paz y de guerra o conflicto armado. Adquiere diversas manifestaciones y formas. Se produce y reproduce en distintos espacios sociales. En tiempos de conflicto armado, esas manifestaciones de violencia sobre las mujeres se exacerban, se tornan más crueles y perversas. Se ejercen con mayor grado de impunidad. No son nuevos actos de discriminación y violencia; continúan siendo expresiones de dominación y subordinación histórica hacia las mujeres, dirigidas por grupos armados o la acción del Estado.

Este continuo está presente en la historia, en la cultura y en la cotidianidad. Se desata en los espacios públicos y privados. Así lo acusan miles de mujeres desde la Segunda Guerra Mundial y la serie de conflictos derivados del nuevo orden planetario. Hasta hoy, lo denuncian las mujeres sobrevivientes a la esclavitud sexual, sometidas en las “aldeas de confort” por el ejército japonés. Lo reclamaron millares ante los tribunales ad hoc de Yugoslavia y Ruanda, donde los testimonios corroboraron el uso de la violencia sexual contra las mujeres como crimen constitutivo de genocidio, crímenes de guerra y lesa humanidad.

A Chile, la denuncia de esta realidad llegó tarde. Recién en las conmemoraciones de los 30 años de la dictadura cívico-militar, asomaron las primeras voces de lo ocurrido con las mujeres presas y torturadas de la mano de las organizaciones

de mujeres y feministas que acompañaron el proceso de contar el horror de lo vivido, legitimando sus testimonios. En democracia, la acusación por abuso sexual de una mujer en contra del director de la Policía de Investigaciones Nelson Mery, cometida durante una sesión de interrogatorio mientras estaba recluida por la represión política, despertó la memoria y el reconocimiento de muchas de las sobrevivientes a la dictadura.

Así, las mujeres presas reconocieron que la violencia sexual fue una práctica temprana y sistemática de tortura en centros de detención clandestina como la “Venda Sexy”, Londres 38 y Tres y Cuatro Álamos. También en los cuarteles de la policía civil y las comisarías, en los retenes, en los furgones durante los traslados y en las cárceles de mujeres.

Este libro recoge los testimonios de algunas de ellas. Mujeres muy jóvenes cuyas historias de vida están marcadas por hechos de violencia indecible. Narraciones que dan cuenta de cómo la dictadura usó la violencia sexual como un método de amedrentamiento extensivo e indiscriminado, destinado a desestructurar a la víctima, arrebatándoles su autonomía y “algunas veces” su voluntad. El texto revela una realidad oculta y silenciada no sólo por el dolor físico, la “vergüenza” de la desnudez o la invasión del cuerpo despojado por el perpetrador.

También es una invitación a reflexionar por el silencio de los otros: de las organizaciones que trabajaron por la defensa de los derechos humanos, a las que les costó identificar en la “violencia sexual” una estrategia de tortura aplicada con alevosía sobre las mujeres; de los colectivos políticos que en

ocasiones dudaron de estos testimonios y banalizaron los hechos relatados porque “eso” (la violencia sexual) no era tortura.

Historias de mujeres: de feministas, de militantes políticas y activistas que quebrantaron el orden. Mujeres que hablan por primera vez, que morigeran sus recuerdos para no profundizar en las heridas de familiares, amigos y amigas. Historias que yacen en tribunales a la espera de una sentencia justa.

Sus relatos, aquí descritos, son un avance en la reconstrucción de la memoria de una democracia miope y mezquina que hasta hoy relega y silencia sus vivencias – las vivencias de muchas también en tiempos de paz– sobre los crímenes que se cometieron, dejando en suspenso los principios de Verdad, Justicia y Reparación para las mujeres que permitieron, a costa de sus cuerpos, la recuperación de esta democracia.

Mónica Maureira M.
Periodista

Una historia que falta por contar

Introducción

En julio de 2014 nos aventuramos a realizar una investigación sobre algunos aspectos de las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura de Augusto Pinochet. Como todo trabajo de investigación periodística, a medida que íbamos acercándonos más al tema nos dimos cuenta de que existían nuevas y diferentes aristas que no habían sido tratadas.

Las torturadas siempre fueron nuestra prioridad a la hora de indagar en el tema de los derechos humanos. Como mujeres sentimos la obligación de ayudar a evidenciar la violencia que ellas sufrieron durante aquella época.

Contactar a las sobrevivientes y a la familia de Mónica Llanca –detenida desaparecida– fue un gran desafío desde el comienzo. A pesar de que el informe de la *Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*, indica que 3 mil 399 mujeres fueron torturadas por los organismos represivos, son muy pocas las que están dispuestas a relatar sus vivencias.

Ser parte de una generación joven que nada pudo ver ni vivir de aquella época y, que por motivos culturales y educacionales no está al tanto de esta realidad, nos impulsa aún más a investigar y contar lo que significó para nuestro país la dictadura militar. Es reconfortante encontrar pedazos de lo que es también nuestra historia y, de a poco, formar el rompecabezas que nos ayudará a entenderla de mejor forma

en el futuro.

Cuando comenzamos esta investigación nos dimos cuenta que existía la violencia política sexual: un delito que aún no está tipificado como tal en nuestro país y por el que muchas sobrevivientes están luchando día a día por darlo a conocer. Desde ese momento, decidimos que éste sería el tema que trataríamos en nuestro libro.

Los relatos presentados cuentan las historias de distintas mujeres con las que cualquiera podría identificarse: mujeres jóvenes y adultas, algunas estudiantes universitarias, otras dueñas de casa. Algunas embarazadas y otras con hijos, casadas o comprometidas. A pesar de esta diversidad, había algo que las unía en aquella época: haber tomado la decisión de dedicarse a la política en un momento en que el régimen de Augusto Pinochet no las quería en este lugar.

La violencia política sexual fue uno de los métodos de tortura más utilizados durante el periodo en que la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) estuvo a cargo de la represión. Muchas mujeres sometidas a esta tortura guardaron silencio durante años producto de la vergüenza que les provocaba haber sido víctimas de una violación, sobre todo en un país en que la justicia –muchas veces– hace caso omiso de los testimonios de las víctimas y deja en libertad a los victimarios.

Pero la violencia política sexual no sólo comprende las violaciones: es también cualquier acto que contemple *tocaciones*, desnudamiento, palabras con connotación sexual, sexo oral, penetración, embarazo forzado y algún otro tipo de abuso de gravedad comparable. Tiene como objetivo infligir dolores o sufrimientos con el fin de obtener información, denigrar y

castigar a la víctima.

Es revelador acercarse a aquellas sobrevivientes que por meses e incluso años sufrieron la persecución y la tortura. En cada recuerdo y en cada palabra se evidencia la violencia con que se atacaba a quienes pensaban distinto y más aún, a quienes eran utilizadas y denostadas sólo por su condición de ser mujer.

Desde que la democracia llegó a Chile, muchos han sido los informes que transparentan los testimonios de las víctimas de la dictadura y donde se cuentan las torturas cometidas. Las políticas de reparación que van desde una pensión hasta una beca educacional, han tratado de compensar a estas personas por los horrores cometidos en su contra.

Diferentes medios de comunicación se han esforzado por contar historias sobre la violencia ocurrida por 17 años en nuestro país: desde la vida de los torturadores hasta las búsquedas realizadas por los familiares de detenidos desaparecidos.

Para las víctimas y sus familiares, la promesa de una nueva democracia y de un nuevo futuro colmado de libertad y de alegría nunca llegó. El mar, esa masa de agua que cubre de norte a sur el país, que lo llena de riqueza y alegría en las estaciones de verano; se convirtió en un narrador omnisciente y protagonista; además de un cómplice de la dictadura albergando allí a miles de detenidos desaparecidos. Aquellos centros de detención y tortura clandestinos por los que transitaron miles de prisioneros y prisioneras, y que hoy son museos, casas particulares u organismos del Estado; se convirtieron en la evidencia de lo que muchos –hasta el día de

hoy– tratan de ocultar u omitir.

Después de más de 40 años de que La Moneda fuera bombardeada y donde muchos de los que pensaban distinto fueron perseguidos, encerrados, torturados y hasta desaparecidos, aún hay jóvenes que no conocen la historia del país donde nacieron.

La historia de las violaciones a los derechos humanos es la historia que muchas veces no está en los textos escolares, la que algunos quieren esconder o prefieren callar. Es una historia cruenta, de dolor, desilusión, de traición y, por sobre todo, la que no queremos repetir. Pero finalmente, la historia de la dictadura es nuestra propia historia, la que todos los chilenos deberíamos conocer y la que debiera fundamentar la famosa frase: “Para que nunca más”.

Sin embargo, la violencia provocada hacia las mujeres por pensar distinto y, además, por aventurarse en una lucha y en espacios en los que no se les estaba permitido estar, se vuelve un punto interesante de mostrar: violaciones, desnudamientos e insultos son sólo algunas de las formas con que los agentes represores de la dictadura las castigaban.

Estas son historias con las que todos pueden empatizar, con las que cualquiera puede darse cuenta de que la maldad humana no tiene límites cuando un grupo de personas cuenta con poder desmedido.

A través de estos relatos conocimos a personas fuertes, a mujeres luchadoras y heroínas anónimas que no se rindieron ante la adversidad. A pesar de los horrores, se mantuvieron firmes, pudieron levantarse ante las pruebas que les puso la vida y, sin duda, se convirtieron en un ejemplo para nosotras.

Este libro evidencia la mala utilización del poder que tuvieron los organismos represivos que funcionaron durante el régimen de Pinochet. Habla sobre las atrocidades cometidas por la DINA y sobre cómo sus agentes optaron por ocupar el poder que se les entregó contra sus propios compatriotas: ellos eligieron traicionar al mismo pueblo al que pertenecían.

Acercarse un poco más a la historia silenciada por tantos años deja un sentimiento desalentador que como humanos, como chilenos y como mujeres no se puede evitar: el asombro y la incredulidad. No es extraño que quien lea este libro o quien investigue más a fondo sobre este tema se impresione por los horrores cometidos por personas que son iguales a quienes los sufrieron. Personas que con un poco de poder creyeron dominar a su compatriota. Personas que a través de la violencia y la inhumanidad sometieron a otras.

La memoria es el motor de la vida: sirve para recordar, para avergonzarse, para sanar y para aprender. No olvidemos que somos dueños de nuestras acciones y que no hay peor enemigo que el que está a nuestro lado y que no hay peor dictador que uno mismo.

Contribuir a la historia es lo que queremos. Ayudar, a través de pequeños pero emocionantes relatos a que nuestro país reconozca los daños provocados por quienes en su momento tenían el poder, es nuestro objetivo. Y dejar en el inconsciente colectivo cómo el sólo hecho de ser mujer en aquella lucha era doblemente castigado, es nuestro anhelo.

Las autoras

CAPÍTULO 1:
Tres y Cuatro Álamos

*La corriente penetra por los enchufes.
Los torturados dejan de agitarse.
Los torturados cierran sus bocas.
Los campos de concentración se vacían.
Aparecen los desaparecidos.*

La ciudad, Poema N° 48 – Gonzalo Millán

Soledad Castillo llegó a Cuatro Álamos luego de pasar por dos periodos de detención en Villa Grimaldi. Tenía 17 años y estaba muy débil. Las secuelas de la tortura eran evidentes en su cuerpo: una pierna y un pecho reventado e infectado, pérdida de peso y las marcas de los golpes recibidos evidenciaban que en su paso por Villa Grimaldi había recibido los castigos más terribles.

Durante su primera noche en Cuatro Álamos, la llevaron donde un hombre de la DINA que sería el encargado de realizarle las curaciones para que su pecho y su pierna volvieran a la normalidad. Soledad se sacó la polera. Él no pudo contener su impresión ante lo que vio. Su cara de impacto, pálida, el sudor que corría por su frente y la sensación de fatiga que comenzó a sentir lo hicieron dar un paso hacia atrás. Soledad, más de 30 años después, recuerda perfectamente la reacción de ese hombre. “Yo ahora pienso: cuánto torturaban ellos, cuántas cosas hicieron. Si ese hombre se sorprendió con mi pecho es porque estaba realmente asqueroso”, reflexiona.

Soledad fue detenida por primera vez en 1975, cuando tenía 16 años. Con un padre dirigente sindical y una familia con tradición de militancia en el Partido Comunista, comenzó a militar en aquel partido a los siete años de edad cuando ingresó al grupo Pioneros, la facción infantil del PC que prepara a los niños para ingresar a las Juventudes Comunistas.

Ella había salido de su jornada escolar y se encontraba en su casa junto a sus cuatro hermanos cuando llegaron a buscarla. Los hombres del Comando Conjunto –organismo represivo a cargo de las Fuerzas Armadas y Carabineros– tenían claro que ella era una dirigente juvenil importante

dentro partido, ya que luego del golpe militar, Soledad había asumido la labor de coordinar en la clandestinidad a toda la juventud de la zona oeste y, además, tenía un nexo directo con el Comité Central.

Eran las dos de la tarde y ella estaba vestida con su *jumper* azul, característico de las estudiantes de los años 70, por eso los hombres que llegaron a su casa la mandaron a cambiarse. Sabían que salir con una escolar podía ser peligroso para ellos. Soledad obedeció, dejó a sus hermanos en la casa a la espera de que llegaran sus padres, y salió junto a estos hombres que la subieron a un Fiat 600 blanco. Le vendaron los ojos y la llevaron a “La Firma”, un centro de tortura ubicado en calle Dieciocho donde estuvo presa durante quince días. Luego, la pasaron a Villa Grimaldi donde estuvo aproximadamente dos semanas según sus cálculos. La dejaron en libertad, según cree, para seguirla y capturar a sus contactos. Sin embargo, ella astutamente salió de la Villa y se escondió por tres meses en la zona sur de Santiago. No quería que ninguno de sus compañeros cayera por su culpa.

Con la llegada del verano, Soledad volvió a su casa. Junto a sus padres y sus hermanos se fueron de vacaciones y cuando regresaron, ella se había inscrito nuevamente en el colegio para poder continuar con sus estudios. Lo que no sabía era que sus deseos de terminar la enseñanza media, serían nuevamente interrumpidos por los organismos represivos.

Eran las dos de la mañana del 10 de mayo de 1976, cuando la tranquilidad de un barrio de Maipú se vio interrumpida por un gran operativo de la DINA. Soledad dormía en su cama, y despertó de un sobresalto por un golpe en su ventana.

Fue en ese momento cuando vio una metralleta que la estaba apuntando desde fuera. Sabía que la venían a buscar.

Los padres y los hermanos de Soledad estaban muy asustados. Los hombres habían ingresado a la casa de la familia Castillo y tenían apuntados a los cuatro hermanos de Soledad con metralletas mientras allanaban la casa. Su padre estaba descontrolado. Insistía en discutir con los agentes de la DINA y en decirles que no iba a permitir que sacaran a su hija de la casa. Sin embargo, sus intentos fueron en vano.

Soledad fue sacada de su casa y subida a un auto negro grande. Le pusieron *scotch* sobre los ojos y luego una venda que no le permitía ver nada de lo que sucedía. La condujeron directamente a Villa Grimaldi. Los agentes que la trasladaban nunca le hablaron en el camino. Al ingresar sólo le preguntaron su nombre.

Estuvo dos meses prisionera en Villa Grimaldi y la mayor parte de esta segunda detención la pasó aislada en una celda. En las sesiones de tortura las preguntas estaban enfocadas en saber dónde había estado todo el tiempo en que la DINA le había perdido la pista después de su primera detención. Ella nunca dijo nada y la tortura fue mucho más severa en su contra.

En una de estas sesiones, estaba acostada en la *parrilla*, ese temido catre metálico en el que los prisioneros recibían golpes de electricidad para que entregaran información, cuando al parecer el golpe de corriente fue tan fuerte que uno de sus pechos y una de sus piernas reventaron.

Una de las secuelas de este hecho es la cicatriz que Soledad tiene en su pierna. “Es horrible”, murmura. Ella dice que

odia esa cicatriz, y cuenta que hace algunos años se tuvo que operar de un riñón, pero que ama la marca que le quedó. “Es porque estaba enferma, en cambio ésta (señala su pierna) es una cicatriz sólo de dolor, pero de dolor del corazón”.

Mientras estaba detenida, a Soledad le llegó su periodo menstrual. Como no tenía los implementos necesarios para asearse, avisaba a los guardias que la custodiaban para que la ayudaran en esas circunstancias. Ella cuenta que jamás intentó sacarse la venda, porque le tenía pánico a lo que le pudiesen hacer si la sorprendían. “Como yo era chica, lloraba mucho y se me despegaba el *scotch* que tenía sobre los ojos, al principio trataba de mirar pero me pegaban unos combos que me volaban la cabeza”. Sin embargo, cuenta que a pesar de tener sus ojos tapados, pudo desarrollar otros sentidos e identificar a las personas que estaban de guardia sólo por su voz o por su forma de caminar. Por ello, tenía claro quién era el guardia que la sacaba al baño cuando estaba con su periodo.

A las prisioneras se les entregaban pedazos de tela para que pusieran en su ropa interior cuando estaban indispuestas. Pero a Soledad el guardia no le entregaba el retazo de tela que le correspondía. El hombre ingresaba con ella al baño, hacía que se bajara los pantalones y él le ponía la tela –que sustituía a las toallas higiénicas– en su ropa interior. “Esto es una tortura terrible a pesar de que no es una violación”, dice. Mientras estuvo presa, sólo recuerda haber compartido con dos personas: una de ellas, era la señora Ema Lillo, a la que nunca más volvió a ver luego de su salida de la Villa. Durante dos noches en las que estuvo indispuesta, el guardia la sacó de su celda para poner la tela en su ropa interior. Cuando a

Soledad se le acabó el periodo menstrual, el guardia siguió sacándola. En una de esas salidas fue la primera vez que este hombre la violó. “Yo no le conté lo que me había pasado a la señora Ema porque me daba vergüenza. Me aguanté todo el día. Aparte de todos los dolores físicos que tenía, ese guardia me había violado, era terrible”, cuenta.

La noche siguiente el guardia volvió a sacarla de la celda y nuevamente la violó. Este hecho superó completamente a Soledad y cuando regresó le contó a Ema lo que le había ocurrido. La mujer se enfureció con lo que le contaba ella. Soledad dice que la señora Ema la defendió “como si hubiese sido su hija” y fue capaz de enfrentarse al *dino* sin ningún temor, increpándolo por haber violado a su compañera de prisión.

El hecho no quedó ahí. Al día siguiente, cuando Soledad se levantó, la llevaron al baño como todas las mañanas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que uno de los jefes de la DINA estaba en Villa Grimaldi y pidió hablar con él. “A esas alturas me había pasado y me habían hecho de todo, lo único que faltaba era que me mataran, así que no perdía nada con ir a hablar con ese hombre”, afirma.

Soledad recuerda que a través de la venda pudo ver las manos de ese sujeto. Dice que era un “hombre elegantísimo, que andaba con terno, con colleras en las mangas de su camisa. Impecable. No podría haber sido un guardia”. Por lo mismo, cree que la persona a la que le contó sobre la violación que había sufrido por parte de uno de los guardias del recinto era Miguel Krassnoff. Él la escuchó atento, le ofreció un cigarro Hilton que sacó de una cajetilla dorada y le dijo: “Yo no tengo

chupa sangres en mi grupo”. Y gritó: “Tráiganme la lista de los guardias que estuvieron aquí anoche”.

Ella se sentía un poco más tranquila por haber reclamado. Esa noche el guardia que la había sacado en reiteradas oportunidades de su celda no apareció. Sin embargo, al día siguiente el mismo guardia volvió a sacarla de la celda, esta vez para darle un castigo por haberse atrevido a acusarlo con su superior. El hombre la desnudó y la llevó al árbol más grande que había –y que todavía existe– dentro de la Villa para colgarla de sus muñecas. Era pleno mes de julio y el frío calaba los huesos. Soledad estuvo colgada desnuda durante tres días. Esa había sido su sanción.

Luego de dos meses prisionera en Villa Grimaldi, Soledad fue sacada vendada y subida a una camioneta que tenía un toldo. Según cuenta, conoció muy poco de la Villa mientras estuvo detenida: sólo la sacaban para ir al baño o para llevarla a la casona donde la torturaban. Lo único que alcanzó a ver y a escuchar a su salida del centro de detención, fue el sonido del portón que daba a la avenida José Arrieta. Con el cierre de ese portón comenzó su trayecto al campo de prisioneros Tres y Cuatro Álamos.

En los años 60, el campo de prisioneros Tres y Cuatro Álamos había sido un convento donde se realizaban retiros espirituales. Por este lugar pasaron más de 6 mil chilenos y chilenas que venían desde distintos centros clandestinos de detención y tortura. El lugar funcionó en la comuna de San Joaquín entre 1974 y 1977. Los pabellones uno y dos eran de hombres, mientras que el tercer pabellón era de mujeres. Todos ellos estaban a cargo de Carabineros de Chile, menos

el cuarto que continuaba administrado por la DINA. En cada celda había entre cuatro y siete prisioneros, aunque existían casos de personas que permanecían aisladas. Habían otras piezas grandes en la que podían entrar desde 50 hasta 90 personas, aproximadamente. En este campo, había graves problemas de hacinamiento.

Soledad estuvo durante quince días en Cuatro Álamos. Allí la DINA esperaba que se recuperara de las lesiones que le habían provocado las torturas. En Cuatro Álamos existían tres opciones para los detenidos: pasar a libre plática cuando se encontraban más o menos recuperados, volver al circuito de la tortura donde podían hacer desaparecer al prisionero o salir en libertad, que era lo más difícil. Al segundo día de haber llegado, el Cardenal Raúl Silva Henríquez entró a visitar a Soledad porque era reclamada internacionalmente por ser menor de edad y haber sido detenida por los organismos represivos.

En la pieza que le asignaron en Cuatro Álamos había seis personas, por lo tanto, existían seis testigos de su detención lo que era un punto a favor ya que no podían desaparecerla. Sin embargo, en dos o tres ocasiones la subieron nuevamente a Villa Grimaldi para carearla con sus compañeros de partido que iban llegando a ese lugar. “Mucha gente subió y no volvió nunca más, en ese sentido fui afortunada”, dice.

Una noche, Soledad fue sacada de su celda de Cuatro Álamos. Los agentes habían decidido que estaba en condiciones de pasar a libre plática. La llevaron donde el médico del campo de prisioneros para recibir la autorización para que pasara a Tres Álamos, lugar que ya no estaba a cargo

de la DINA sino que de Carabineros. El médico la observó tranquilamente. Vio sus secuelas físicas y le pidió que le contara todo lo que le había pasado. Necesitaba saber qué era lo que había provocado esas heridas en su cuerpo. Soledad se quedó en silencio. Según dice, tenía terror de que le hicieran algo por lo que podía decir. Entonces entró el carabinero a cargo de Tres Álamos en 1976, el mayor Domingo Zabaleta, y le ordenó decirle todo lo que le habían hecho.

“De ahora en adelante yo soy el responsable de lo que a usted le ocurra, por lo tanto, me tiene que contar qué fue lo que le pasó y por qué tiene reventado un pecho”, dijo el mayor. Soledad sintió un poco más de confianza tras esas palabras y le contó a Zabaleta lo que le había ocurrido. Sin embargo, ella no habló de la violación porque se sentía muy avergonzada por ese hecho. Sólo hace tres años, pudo hablar por primera vez respecto a este tema. Su ex marido nunca se enteró de la violación que había sufrido y sus padres tampoco lo saben.

Soledad finalmente recibió el pase para entrar a Tres Álamos. Cuando llegó, le dieron el “cargo” que les entregaban a todos los prisioneros que ingresaban al lugar, que consistía en una frazada, un pocillo, una cuchara y un overol que eran gentileza de la Cruz Roja Internacional. Ella pasó de noche, muy tarde, por lo que no tuvo una gran recepción de sus compañeras porque la mayoría estaba durmiendo.

Soledad era la menor de las prisioneras del campamento de San Joaquín. Todas las demás eran mujeres que cursaban —o que ya habían terminado— una carrera universitaria. Como ella todavía no finalizaba el colegio, sus compañeras se

ofrecieron para hacerle clases de diversas materias para que así no se retrasara. En un principio, ella pensó que era una idea entretenida, sin embargo y luego de dos semanas decidió renunciar. Pasaba más de ocho horas diarias en clases y no tenía tiempo de descanso.

En este lugar, Soledad pudo tener por primera vez la visita de sus padres. “Fue horrible”, afirma. Se dio cuenta de cómo el paso del tiempo se había hecho evidente en sus cuerpos. Ella dice que sintió que, sobre todo su padre, había envejecido mucho: se había llenado de canas desde que ella había caído presa. Sin embargo, tenía claro que en estas visitas debía mostrarse fuerte ante su familia que luchaba día a día por sacarla de ese lugar.

Soledad empezó a utilizar su tiempo en diversas actividades que nunca antes había hecho: participó del taller de bordado y del taller de confección de cruces de Cuernavaca –forradas con lana– que hacían las compañeras al interior del campo. Además, comenzó a ir a misa para salir un poco de la rutina que implicaba estar encerrada. El cura iba una vez a la semana al campo y llevaba unas tarjetas con santos que le regalaba a Soledad, que era una de las pocas que iba a escuchar sus sermones. A ella le gustaba ir a buscar tarjetas porque en éstas les mandaba mensajes a sus amigos.

El cura sólo le daba dos o tres, por eso luego de un par de semanas, Soledad le sacaba un montón de tarjetas del maletín sin que él se diera cuenta. Todo esto para mandarles cartas a sus amigos. El cura llevaba también un frasco pequeño con vino añejo que le daba a Soledad. Ella cuenta que en esa época no tomaba alcohol, pero ahí todo era novedad, por lo

mismo, aceptaba el vino cada vez que el sacerdote le ofrecía. Cuando sus compañeras se enteraron de esta situación, las misas comenzaron a llenarse y el cura ya no traía sólo un frasquito, sino que llegaba con dos litros de vino añejo todos los domingos para repartir entre las mujeres que iban a escucharlo.

“Ahí sólo estaba detenida. Participaba en talleres, convivía con las compañeras. Era otra cosa. No podría compararlo con Villa Grimaldi. Ese fue un lugar de interrogatorio y tortura”, recuerda. En el campamento existía un ambiente de compañerismo en todo ámbito, por ejemplo, había un consultorio oficial donde Soledad debía asistir para que le hicieran sus curaciones. Sin embargo, como al interior del campo había muchos profesionales del área de la salud, como médicos, enfermeras e incluso matronas, todos la ayudaban con la curación de sus heridas.

Permanentemente se anunciaban las listas de libertades en el recinto. Todos los prisioneros tenían la ilusión de escuchar sus nombres en algún momento. La lista en la que estaba el nombre de Soledad llegó casi a fines de 1976, cuando el campamento ya estaba por cerrar, por lo mismo, el listado en el que fue nombrada fue un listado masivo. Sólo cuatro prisioneras antiguas y una recién llegada quedaron al interior del campo. A Soledad le prestaron un teléfono y llamó a la casa de sus vecinos de su barrio en Maipú –porque en esa época no todos tenían teléfono– y les pidió que avisaran en su casa que había sido liberada. Su hermano llegó a buscarla porque sus padres no estaban en la casa en el momento en que su hija fue puesta en libertad. Llegó a su hogar y su mamá

no podía creer que Soledad por fin estaba libre. La primera semana en que estuvo de vuelta, ella no salió de su casa. Lo único que quería era estar con su mamá y sus hermanos. No le interesaba nada más.

Un día salió para hacer un trámite en la Vicaría de la Solidaridad, un organismo de la Iglesia Católica que entregaba asistencia a las víctimas de la dictadura militar. Mientras esperaba la micro en el paradero que se encontraba cerca de su casa, pasó un auto que la tomó detenida nuevamente. La tuvieron todo el día dando vueltas. Recibió golpes y amenazas hasta aproximadamente las cuatro de la tarde, cuando la abandonaron en avenida 5 de Abril con Las Rejas. Soledad no se devolvió a su casa, sino que de inmediato se fue a la Vicaría. Sabía que corría peligro y por eso tenía que dar aviso para buscar protección. Desde la Vicaría llamaron a su papá.

–Venga urgente –le dijeron.

El hombre llegó y se subió a un taxi junto a su hija y a un sacerdote que los acompañaba. En calle Ricardo Cumming con la Alameda el cura le dijo al papá de Soledad: “Despídase de su hija porque ella se va. Ya no le podemos proteger la libertad, ahora le tenemos que proteger la vida”. Su padre se despidió con mucha tristeza. Ella llevaba sólo una semana en libertad. Soledad fue trasladada a Maipú a la casa de unas monjas argentinas quienes serían las encargadas de preparar su salida a Francia.

Estuvo en la casa de estas monjas durante dos semanas. Ahí les cantaba y les tocaba guitarra para amenizar el día. Transcurrido este tiempo, le dijeron: “Ya estamos listas, mañana te vas a Francia”. Soledad cuenta –con algo de

vergüenza— que no fue capaz de viajar. Luego de que las monjas la dejaron sola en la pieza en la que ella dormía, les escribió una carta pidiéndoles disculpas y se escapó. Con 17 años extrañaba mucho a su familia y a pesar de que su vida corría peligro, no estaba dispuesta a dejarlos e irse a otro país. Volvió a su casa y nunca más la fueron a buscar.

Luego de un tiempo, Soledad pudo retomar sus estudios y terminar la enseñanza media, algo que había deseado mucho mientras estuvo prisionera. A los 26 años se casó y de ese matrimonio nacieron dos hijos: un hombre y una mujer que actualmente tienen 27 y 30 años respectivamente. Siendo ya adulta, ingresó a estudiar la carrera de Derecho en la Universidad ARCIS y actualmente trabaja como abogada del equipo jurídico de la Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo (Codepu), organización no gubernamental que nace en 1980 para ayudar a las víctimas y a los familiares de víctimas de violaciones a los derechos humanos.

Corría el 2003 y los padres de Soledad estaban sentados frente al televisor. Ese año se cumplían 30 años del golpe militar que había dado Augusto Pinochet y que había terminado con el gobierno socialista de Salvador Allende. Ese año se cumplían 28 años desde la primera vez que su hija había sido detenida. Un reportaje en un noticiero mostraba los horrores ocurridos en Villa Grimaldi: torturas, asesinatos y todos los apremios que sufrieron los prisioneros de ese lugar eran relatados por una de las sobrevivientes de este centro de prisión política. “Mira, Villa Grimaldi, ahí estuvo la Sole. Y mira todas las cosas que pasaron”, le dijo la madre de Soledad

a su marido impactada con lo que veían en la televisión. “Eso no es verdad, si ella hubiese estado ahí se habría muerto”, respondió él. Soledad nunca les ha contado a sus padres qué fue exactamente lo que le ocurrió y tampoco ha mencionado con detalles las torturas que recibió. “Prefiero que mis papás se mueran pensando que no me pasó nada de lo que muestran en la tele”, dice ella.

Soledad actualmente está separada. Después de años ha llegado a una conclusión: “La tortura es perpetua y nunca se pasa su efecto”. A ella le costó más de 30 años —y con ayuda psicológica— entender que la historia que contaba de aquella joven detenida y torturada cuando tenía 16 años era su propia historia y no la de otra persona. “Uno muere con las consecuencias de la tortura. Durante la vida, sólo aprendes a llevarlas”.

Una noche de abril de 1976, una persona comenzó a tocar la puerta del departamento de Patricia Fuentes. “Señora Patricia”, se le escuchaba decir a una mujer. Ella estaba durmiendo, pero despertó con el ruido. Se levantó y se dirigió a abrir porque pensaba que quien la llamaba era su vecina. Cuando abrió la puerta, un golpe de puño la botó al suelo. Patricia tenía 22 años y la DINA había llegado a buscarla.

Una mujer y cuatro hombres ingresaron a su departamento. La mujer fue la más violenta con ella: la golpeaba sin parar. Patricia, con la mandíbula desencajada, respondía a las preguntas que le hacían.

–¿Dónde está Carlos? –le preguntaban.

–Trabajando, no está acá –respondía ella mientras la golpeaban.

–Perfecto, lo vamos a ir buscar –dijo uno de los agentes.

Carlos González era el compañero de Patricia durante esa época. Ambos vivían juntos y él trabajaba durante las noches en el Banco Concepción, ubicado en el centro de Santiago. “Lleva ropa gruesa porque en el lugar donde te vamos a llevar hace mucho frío”, le advirtieron.

Le vendaron los ojos, la subieron a un auto y la llevaron al banco donde trabajaba Carlos. Ella, desorientada, reconoció el lugar cuando le sacaron la venda y la ubicaron frente a la entrada del edificio. Los agentes hicieron que el guardia le avisara a Carlos que Patricia estaba ahí y que bajara a buscarla. Patricia era apuntada con una pistola en todo momento.

Carlos salió, vio a Patricia y los agentes de la DINA lo tomaron prisionero al igual que a su compañera. “‘Chica’, no te *preocupí*, no tenemos nada que temer”, le dijo él mientras lo llevaban a un auto.

Patricia y Carlos fueron llevados a Londres 38. En ese momento, ninguno de los dos sabía dónde estaba. Sin embargo, con las investigaciones que se iniciaron luego de que ambos volvieran del exilio, pudieron identificar el lugar.

Apenas llegaron a la casona de calle Londres tuvieron su primera sesión de interrogatorio. “El primer interrogatorio es algo que te desorienta, te menoscaba, te reduce, te provoca pánico. Como ser humano te denigra. Ahí te das cuenta que ellos pueden hacer lo que quieran contigo y tú estás absolutamente indefensa”, reflexiona Patricia. Ella cuenta que

en ese momento, la única salida que veía para zafar de aquello era que la mataran.

Recuerda que su primer interrogatorio fue similar a los que mostraban en las películas. Según cuenta, había un hombre bueno y uno malo. El que ella identificaba como bueno le decía: “*Pucha cabra*, tú eres tan joven... Mira en lo que te metiste... Yo te voy a ayudar”. Pero Patricia nunca confió en los agentes. Siempre tuvo la idea de que como ella estaba vendada, el hombre que le decía estas cosas podía ser el mismo que la golpeaba, que la toqueteaba y que le tiraba agua mientras la interrogaban.

En una oportunidad, Patricia fue sacada de su pieza y fue llevada a un nuevo interrogatorio. Ella no pudo contener su rabia y le dijo al hombre que la torturaría: “¡Cómo *podís, hueón!* ¡Qué *hací* cuando *llegái* a tu casa y le das besos a tus hijos!”. El hombre no se contuvo y comenzó a golpearla como castigo por sus dichos.

Los recuerdos de Patricia sobre su paso por Londres 38 son bastante difusos. Se acuerda sólo de algunos momentos y hay otros que, simplemente, su memoria no retuvo. Dice que durante los interrogatorios le preguntaban por gente que ella no conocía. Patricia trabajaba en un frente de propaganda de un partido político —que mantiene en reserva— y durante las sesiones de tortura sólo le preguntaban por gente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). La persona que delató a Patricia y a Carlos —una mujer que vivía cerca de la casa de la madre de ella y que quería que sus hijos entraran a la Escuela Militar— había dicho que ambos eran miristas, lo que no era cierto. Patricia cree que este error les salvó la vida.

Al cabo de unos días, fue sacada de Londres 38 y trasladada a Cuatro Álamos.

Llegó a durante la madrugada y entró a una celda en la que había cuatro mujeres. Una de ellas –de unos 50 años– sacó la mitad de un pan y se lo dio. La primera noche que pasó ahí no logró conciliar el sueño. “No sé cuántos días no dormí, no sé cuántos días pasé sin comer porque las condiciones no me lo permitían”, dice.

Los prisioneros bajaban tanto de peso que la ropa les colgaba. En Cuatro Álamos no tenían posibilidad de ducharse y todos debían ir acompañados al baño. Fue en este lugar donde Patricia conoció a Soledad Castillo e iniciaron una amistad. A Soledad los agentes la tomaban reiteradamente, por lo que ella le enseñaba técnicas de defensa a su nueva amiga. “Cuando los *bueones* te vayan a hacer algo, tú *gritai* no más”, le decía Soledad.

La celda en la que estaba Patricia tenía barrotes en la ventana. Por ahí, ella y sus compañeras lanzaban migas de pan a las palomas. Patricia aún usaba el chaleco que tenía puesto desde el día de su detención: de franjas azules y otras de color crema. “Ahí está la ‘Chica’”, le dijo Carlos a sus compañeros cuando reconoció –desde su celda– el chaleco de su compañera. Ambos se encontraban nuevamente en el mismo lugar.

“Nosotros comenzamos a silbarnos para saber que estábamos ahí”, cuenta. Cada vez que sacaban gente para subir a Villa Grimaldi, Patricia y Carlos silbaban para que el otro les respondiera. Si esto pasaba, era porque no les había tocado subir.

A Patricia nunca la llevaron a la Villa, sin embargo, cuenta que los interrogatorios que vivió en Cuatro Álamos fueron terribles. “Me careaban con Carlos, me ponían una pistola en la sien y le decían a él que confesara; que si no lo hacía me iban a matar”, recuerda.

Un día, los agentes le dijeron a Patricia que pasaría a libre plática. La sacaron a firmar una declaración que decía que no la habían torturado y que tenía todos sus elementos personales y durante la noche, la pasaron a Tres Álamos junto a Soledad y otras compañeras.

En Tres Álamos fueron recibidas por Nieves Ayress. Patricia recuerda que en ese lugar fue la primera vez que se sintió presa. “Fui al baño y me puse a llorar porque a pesar de las malas condiciones en las que estaba al otro lado, ahí me sentí realmente presa”, dice. Mientras Patricia lloraba, entró Nieves y le dijo: “Aquí, *cabrita*, las lágrimas te las *podís* guardar; porque sí, estamos presas, pero somos mujeres dignas”.

Patricia recuerda que la convivencia dentro de Tres Álamos no era fácil. “Había compañeras que nos acogían y otras que no lo hacían. Otras preguntaban militancia para aceptarte o no”, dice. En Tres Álamos se incorporó al sistema de *carretas* que se había establecido. Relata que algunas de sus compañeras les exigían que entregaran toda la comida que les llevaban sus familiares. “La Soledad era pobre, mi familia también era pobre, yo no les podía exigir que me llevaran comida”, cuenta.

Llegó el día de la primera visita familiar para Patricia. Antes de salir al patio, Nieves Ayress se les acercó y les dijo: “A las primerizas en la visita... A la que vea llorando la voy

a retar”. Patricia cuenta que este primer reencuentro con su madre fue muy difícil. “Mi reacción no fue ‘qué rico ver a mi mamá’, sino que fue ‘que lata en las circunstancias que me encuentra””, recuerda. Había perdido mucho peso: con sólo 36 kilos y con un aspecto demacrado se encontró con su madre en el patio de Tres Álamos. Patricia se enteró que su mamá había visitado morgues, hospitales, comisarías y que todos los días iba a Tres Álamos buscándola. Al verla, su madre no pudo disimular su impacto. Patricia cuenta que un sentimiento de culpa la inundó en ese momento. A ella no le importaba haber pasado todos estos meses de prisión, pero no se perdonaba el hecho de haberle causado tanto dolor a su madre. Sólo pensaba: “La media *cagá* que me mandé con mi mamá”.

En Tres Álamos también se permitían las visitas inter-pabellones en las que se encontraban las parejas que no se habían formado en libre plática, sino que estaban juntas desde antes de su detención. Cuando Carlos y Patricia se encontraban, él siempre le preguntaba si estaba bien. “Era una pregunta muy reiterativa, que no tenía mucha importancia, pero que a mí me dolía mucho”, dice ella.

Patricia participaba de los talleres que impartían sus compañeras, pero consideraba que a pesar de estas actividades, existía mucho sectarismo en este lugar donde permaneció por tres meses aproximadamente. Ella también iba a misa junto a Soledad, a tomar vino y a comerse las hostias que llevaba el cura. Ésta era su forma de salir de la rutina. “Había compañeras que nos miraban feo porque hacíamos esas cosas, pero tal vez era inteligente de nuestra parte. Buscábamos sentirnos un

poco libres”, relata.

Un día de septiembre, una carabinera le dijo a Patricia:

–Arregle sus cosas porque se va en libertad.

–No, yo no me voy ir –respondió.

–Sí, te vas. Así que arregla tus cosas.

En el trayecto al recinto donde estaba la Dirección de Carabineros en Tres Álamos, la carabinera le explicó a Patricia que habían publicado una lista de libertades y que ella estaba en la nómina.

Fue ahí cuando un carabinero de alto rango le dijo:

–Te vas *po’ cabra*. La suerte que tienen los comunistas...

–Y a usted, ¿quién le dijo que yo era comunista? –lo increpó Patricia.

La tuvieron hasta muy tarde en ese lugar, porque no había fotógrafo para que le tomara las fotos de salida. Encontraron a un hombre en la calle y lo llevaron para que cumpliera esa tarea. Él era vecino de la madre de Patricia, por lo que ella pensó que le avisaría a su mamá que saldría libre. Sin embargo, el hombre tenía tanto miedo, que se fue directo a su casa y no le avisó nada a su vecina.

Un carabinero trajo a Carlos. Patricia pudo conversar con él antes de irse. Le dio instrucciones de dónde debía esconderse y le pasó plata para que pagara la micro. Muy tarde en la noche, Patricia salió de Tres Álamos. Había recuperado su libertad.

Patricia siguió visitando a Carlos mientras estuvo en libertad. Ella había generado una buena relación con una carabinera mientras estuvo detenida, por lo que la uniformada nunca la revisaba cuando iba a las visitas: podía ingresar sin

problemas termos con café para ayudar a sus compañeros a pasar el frío.

Cuando Carlos salió en libertad, llegó hasta la casa de su prima que era el lugar donde se estaba quedando Patricia. A él le costó muy poco encontrar trabajo: comenzó a trabajar nuevamente y pudieron arrendar un departamento en calle Huérfanos en el centro de Santiago. Un día, uno de sus compañeros de partido los fue a visitar y le dijo a Carlos que estaban siendo nuevamente vigilados por la DINA. Ese mismo día, Patricia y Carlos escaparon sólo con lo puesto.

Llegaron a la Vicaría de la Solidaridad e hicieron los trámites necesarios para que los mandaran a una casa de seguridad. Cuando ya estaba todo listo para que se fueran, una llamada telefónica los alertó de que la casa donde los enviarían había sido allanada por la DINA. Patricia y Carlos tuvieron que irse por separado a casas de seguridad del partido y comenzaron a hacer los trámites para irse al exilio. Luego de unos días se encontraron en el aeropuerto y supieron que se iban a Suecia. Patricia vivió allá por 18 años.

“Cuando uno es joven quiere tener hijos. Yo en esa época quería tener seis hijos”, recuerda Patricia. Mientras estuvo prisionera adquirió una infección que derivó en una tuberculosis. Cuando llegó a Suecia, su enfermedad estaba muy avanzada, lo que provocó que se le cerraran las trompas y no pudiese quedar embarazada a pesar de estar nueve años en tratamiento de fertilidad. Esa fue la mayor consecuencia que tuvo producto de las torturas. Con Carlos se separaron luego de unos años en el exilio, sin embargo, ambos aún tienen una excelente relación.

Además, Patricia adquirió una anemia cuando estaba prisionera que perdura hasta hoy. Se debe hacer tratamientos cada seis meses. “Igual estoy agradecida de la vida, porque puedo dar testimonio. Hay gente que no vivió para eso y nosotros tenemos que hacer que esto se sepa”, dice.

Patricia y Soledad mantienen todavía su amistad. En una oportunidad en que Patricia fue a atestiguar en una causa, Soledad le dijo: “¿Te das cuenta? ¡Ganamos!”. Esto la hizo reflexionar: “Mi teoría es que uno ganó. Uno tiene capacidad de amar, capacidad de proyectarse, tiene capacidad de reírse, tiene un millón de capacidades que ellos tal vez no tengan. Yo me puedo mirar al espejo y no me avergüenzo de mí”, afirma.

Después de haber estado diez días en Villa Grimaldi bajo diferentes tipos de torturas, Shaíra Sepúlveda fue trasladada a Cuatro Álamos. Allí el trato era distinto. La incertidumbre se hacía parte de ella como un manto frío que la abrazaba para nunca soltarla. No sabía qué situaciones le tocarían vivir en aquel centro de detención, pues lo ocurrido anteriormente no dejaba algún comportamiento por parte de los agentes de la DINA para la imaginación.

Era de noche. Un guardia la recibió, seguramente un militar a cargo de revisar en qué estado se encontraba. Luego, la llevaron a una pieza donde sólo había dos camarotes y una ventana. “No sé si llegamos juntas o ella ya estaba ahí, la verdad es que cuesta mucho recordar aquellos momentos”, dice Shaíra. Marcia Scantlebury, periodista y militante del

MIR, también estaba en el lugar. Shaíra recuerda que en aquella habitación sólo se encontraban las dos y que como si fuesen conocidas de toda una vida, comenzaron a contarse lo que a cada una le había sucedido en los anteriores centros de detención y tortura.

El 21 de julio de 1975, Shaíra fue citada a un punto entre las calles Simón Bolívar y Sucre, en Ñuñoa. La idea era entregarle dinero a Rosa Solís Poveda y a Sara de Lourdes Donoso, ambas militantes del Partido Socialista y enlaces de Carlos Lorca Tobar, en ese momento secretario general de la Juventud Socialista. Ellas eran las encargadas de las funciones de enlace y correo entre la directiva central de su partido y otros proscritos en ese momento. Durante ese periodo la represión por parte de los agentes de la DINA se encontraba dirigida específicamente a los altos mandos, enlaces y correos del PS, por lo que Shaíra accedió a juntarse con ellas con el fin de proporcionarles ayuda para un posible escape. “Sentí que algo estaba mal, me estacioné en la esquina siguiente a donde era el punto y caminé hacia el lugar”, dice.

–¡Ándate, ándate! –le gritaron.

No alcanzó a reaccionar. Sintió que una pistola le calaba a fondo en las costillas y que su cuerpo se paralizaba lentamente. “En ese momento sentí algo que nunca me había pasado, como cuando uno se va a sentar y te quitan la silla. Se me subió el corazón a la boca”, recuerda.

De un momento a otro estaba rodeada por agentes de la DINA. Ella dice que fue un gran operativo, no entendía por qué tanto agente, por qué tanto revuelo. Le colocaron *scotch* en los ojos, una venda, lentes oscuros, le pidieron las llaves de la

citroneta en la que andaba y la subieron a la camioneta donde se encontró con las dos socialistas que estaban en pésimo estado físico producto de las torturas. En ese momento Shaíra Sepúlveda Acevedo se convirtió en una de las miles de prisioneras políticas de la dictadura.

Al momento de su detención, Shaíra tenía 27 años, era militante del Partido Comunista y se había titulado de médico veterinario en la Universidad de Chile. En febrero de 1974, al poco tiempo del golpe de Estado, había sido llamada por su partido para trabajar como enlace de José Viable Navarrete, alias “Checho”, subsecretario general de las Juventudes Comunistas, hoy detenido desaparecido.

Ser enlace era trabajar en la clandestinidad: era tener un nombre distinto, enviar información y documentos importantes de un partido a otro, además de visitar lugares para verificar el ambiente. Su chapa era “Vero” y su trabajo principal era trasladar a José Viable de un lugar a otro, pues la agresión y la represión por parte de los organismos secretos del Estado se habían vuelto insostenibles y él como encargado de las Juventudes Comunistas, no podía andar solo. Por otro lado, debía trasladar información a los enlaces de Carlos Lorca con el fin de desarrollar iniciativas conjuntas con el PS.

Shaíra recuerda que el llamado de la enlace de Lorca fue la que detonó su detención, pues sin éste ella jamás se hubiese dirigido a aquel lugar. “No es que delataron a un dirigente importante que conocían si no que pensaron en mí porque no me conocían mucho, ni siquiera sabían con quién trabajaba, lo único que sabían era que yo era comunista. No las juzgo porque prefirieron dar a un enlace que a un dirigente”, dice.

Ya vendada y al interior de la camioneta, ésta comenzó a andar, dio un par de vueltas por el sector de Ñuñoa y se estacionó en la calle José Domingo Cañas. En el lugar, llevaron a las tres prisioneras inmediatamente al interior de lo que hace poco se había convertido en un centro de detención y tortura.

Shaíra fue recibida con fuertes golpes en sus oídos. La idea era generarle desconcierto pues el *teléfono*, como se conoce este método de tortura, eran golpes con mano la abierta aplicados en ambos oídos al mismo tiempo lo que podía generar mareos y lesiones auditivas permanentes.

“¡*Tenís* que cooperar, *tenís* que cooperar!” le dijo un agente de la DINA mientras la golpeaba y la llevaba a un pasillo de la casa. Shaíra dice que lo mejor era quedarse callada, ya que no sabía qué información manejaban. En el pasillo le pegaron y la patearon brutalmente; sin embargo seguía sin hablar. En ese momento el agente a cargo llevó a las dos enlaces de Carlos Lorca por las que Shaíra había caído.

–Cuéntenle cómo lo han pasado –dijo el hombre.

–Es tremendo –respondió una de ellas.

Esa fue la última vez que Shaíra las escuchó. Ambas están desaparecidas hasta hoy.

Después de un rato y para asegurar que la prisionera no pudiese ver, le colocaron nuevamente *scotch* en los ojos y la subieron a empujones a la camioneta. El auto anduvo por mucho tiempo. Shaíra sabía que Villa Grimaldi sería su próximo destino.

Era de noche. Escuchó el chirrido del portón que se abría rápidamente y luego una sirena a todo volumen. La camioneta avanzó unos metros y Shaíra fue llevada bruscamente hacia

una habitación donde inmediatamente la hicieron desnudarse. Mientras se sacaba la ropa, ella escuchó murmullos. “Es una sensación terrible. Ayuda mucho estar vendada porque en cierta forma el pudor desaparece un poco al no ver la cara que ponen ellos al observarte completamente desnuda”, dice.

La acostaron en un catre, le abrieron las piernas, los brazos, la amarraron y comenzaron a aplicarle electricidad. Recuerda que le pedían nombres, pero en lo único que pensaba era en el dolor de sus pechos electrocutados. A pesar de estar sometida a uno de los métodos de tortura más doloroso, Shaíra afirma que en ese momento estaba preocupada de que los agentes no se dieran cuenta de su dolor y decidió gritar con más fuerza cuando la electricidad era aplicada en los lugares menos dolorosos. “En la vagina me dolía menos que en los pechos, entonces como método de defensa se me ocurrió gritar más donde me dolía menos”, dice.

–¿Cómo se llaman tus compañeros? –le preguntaron al tiempo en que la electricidad aumentaba.

–No conozco nombres, sólo sé sus chapas –contestó.

–Entonces, ¿cuáles son sus chapas?

Shaíra no contestaba.

–¿Eres casada? –le preguntaron.

–¡Por favor! ¡Casada pues! –respondió con seguridad.

En mayo de 1974, un año antes de su detención, Shaíra se casó con Adrián Verdugo, también militante comunista y que por razones de seguridad fue alejado de sus tareas partidarias, continuando con su trabajo normal. La decisión de casarse la tomaron sólo pensando en el trabajo clandestino y por seguridad. Como entonces vivían juntos, no existía

mayor interés en contraer matrimonio. “Pensamos que si uno trabajaba en la clandestinidad y caía, era mejor estar casado porque el clasismo era muy fuerte y según los milicos todos los marxistas éramos de vida libre y si no nos casábamos éramos promiscuos”.

–Yo sólo recibo documentos y los traslado a algún punto –dijo ella mientras la electricidad se volvía cada vez más fuerte.

–¿Cómo acordaban las citas? –le preguntó el hombre que manipulaba la *parrilla*.

–Pasado mañana tengo un punto en Irarrázaval con Pedro de Valdivia –inventó Shaíra con el fin de no contestar la pregunta anterior y no delatar a sus compañeros ni menos a “Checho” que en ese momento era intensamente buscado.

Shaíra se tomó a cuenta propia un día de descanso, pues su cuerpo se encontraba deteriorado producto del intenso interrogatorio. “Inventé ese punto porque, de lo contrario, de qué forma podía haber conocido a las enlaces de Lorca que eran tan importantes y si no lo hacía podían darse cuenta de la verdad”, dice Shaíra.

En ese momento, los agentes de la DINA la hicieron vestirse y la llevaron a una pieza donde quedó sola hasta el día del supuesto encuentro. Recuerda la angustia que tuvo, pues no tenía con quien hablar, no podía dormir y su cuerpo empezaba a evidenciar las marcas de la corriente. “Uno queda con una fragilidad terrible. La electricidad es una forma de tortura fuertísima”, dice. De vez en cuando miraba a través de un agujero si alguien conocido llegaba a la Villa, su miedo aumentaba cada vez que veía pasar gente ya que si la careaban con alguien conocido, los agentes se darían cuenta de su

verdadero trabajo dentro de la estructura del partido y de que había mentido en el interrogatorio.

El día del punto llegó. A medio día fue trasladada a la esquina donde supuestamente se juntaría con compañeros a entregarle información. Se bajó de la camioneta y caminó hacia allá. Detrás de ella dos agentes la seguían, un hombre y una mujer simulando ser una pareja de enamorados. Al frente, otra camioneta la vigilaba. “Me daba miedo porque era una esquina muy transitada entonces podía pasar cualquier conocido y yo no quería que pillaran a alguien como lo habían hecho conmigo”.

Pasó un rato y nadie llegó al encuentro, por lo que fue trasladada nuevamente a Villa Grimaldi.

—¿Por qué no llegaron? —le preguntaron mientras iban de regreso al centro de detención.

—Deben haber sabido que caí; además ustedes espantaron a los peces —respondió ella tratando de justificar la inasistencia de sus compañeros.

—Bueno, podemos darles más comidita —le dijo el agente que la acompañaba.

En ese momento, Shaíra sabía lo que le esperaba. Apenas llegó a Villa Grimaldi, fue trasladada a una habitación, la hicieron desnudarse, le pegaron, la amarraron a un catre y nuevamente le aplicaron electricidad.

La rutina era la misma: ella debía vestirse frente a sus torturadores que la observaban de lejos para así volver a la habitación donde la tenían prisionera. Un día, sin previo aviso y antes de la hora de almuerzo, la llevaron a una casa de madera ubicada en la parte trasera del recinto. Allí se encontró con

dos prisioneras con las que no pudo hablar porque fueron sacadas la misma noche. Shaíra quedó nuevamente sola. En ese momento, el guardia de turno entró a la habitación, le dijo que se acercara y comenzó a desabrocharle la blusa. “Este *bueón* me va a violar”, pensó mientras el militar la tocaba. Sin embargo, alguien lo llamó y se fue rápidamente. En aquella habitación Shaíra se encontraba sin venda, por lo que la situación se volvió aún más violenta.

Sin previo aviso, nuevamente un guardia entró a la habitación, le puso *scotch* en sus ojos, la vendó y la subió a una camioneta. Fue así como después de diez días de interrogatorios y torturas en Villa Grimaldi, fue trasladada a Cuatro Álamos.

“A mí nunca me violaron; pero el estar desnuda, el que te pasen la mano por todo el cuerpo, es terrible. Más en el estado de vulnerabilidad en que me encontraba; de verdad es algo terrible”, dice.

Ya en el campo de concentración manejado por la DINA y acompañada Marcia Scantlebury; Shaíra pudo recuperarse un poco de la electricidad aplicada durante su paso por Villa Grimaldi. Si bien en el lugar no tenía venda y podía conversar con su compañera de celda, su calidad de incomunicadas no les permitía observar lo que ocurría afuera de los barrotes que las encerraban.

Shaíra no volvió a ser interrogada; sin embargo, la incertidumbre y el miedo que le provocaba el pensar que habían tomado detenido a su marido o a algún compañero y que en cualquier momento los podían encarar y así darse cuenta que mintió, no le permitían dormir. No quedaba otra,

tenía que esperar. Un día, un guardia se acercó a su celda y con él llegó Silvia –militante socialista– junto a su bebé de cinco meses de vida. Recuerda que aquello la impactó, pues se preguntaba hasta qué punto eran capaces de llegar los agentes de la DINA si estaban dispuestos a tomar prisionera a una mujer junto a su hija. Recuerda que la llegada de aquella guagua también las alegró. Los días se les pasaron más rápido ayudando a la nueva integrante del recinto. Se turnaban para pedir permiso al baño y lavar los pañales de la recién nacida, usaban los camarotes como colgador para que éstos se pudiesen secar y se sacaban sus propias medias para poder cubrir a la guagua.

Después de seis días incomunicada, un militar sacó a Shaíra de su celda. “Uno no sabe qué es lo que te van hacer, si te llaman para llevarte a interrogatorio o qué”, recuerda. Sin embargo, le avisó que sería trasladada –junto a Marcia– a Tres Álamos. Ambas estaban emocionadas, pues sabían que ese lugar era de libre plática y que, por lo mismo, pasarían a ser reconocidas como prisioneras y podrían ver a sus familiares.

Ambas fueron vendadas y subidas a una camioneta. No sabían qué pasaba. Para ir de Cuatro a Tres Álamos sólo debían caminar unos metros, ser revisadas por un médico y traspasar el portón que separaba ambos recintos. En esos momentos la situación era distinta: una Comisión de Derechos Humanos visitaría lo que supuestamente era Tres Álamos. Por lo mismo, la DINA trasladó a las prisioneras a Pirque con el fin de demostrar que se encontraban en buenas condiciones. En la periferia de Santiago el campo de concentración aparentaba un centro de recreación: grandes prados de pasto verde,

cabañas bien cuidadas y agua caliente para que las detenidas pudiesen bañarse.

Después de un largo viaje, Shaíra llegó a Pirque. Como era costumbre, un grupo de prisioneras que la esperaba en la entrada la abrazó fuertemente dándole la bienvenida. Allí pudo bañarse con jabón y agua caliente. Ella recuerda que a pesar de ser algo tan básico para las personas, aquello significó un aliento, pues hace tiempo sólo se enjuagaba su cuerpo con agua helada. En Pirque la vida era un sueño.

Allí llegó Adrián, su marido. Las detenidas debían esperar que las visitas caminaran un largo tramo para llegar a donde debían encontrarse, sin embargo Adrián, al verla, dejó las bolsas que llevaba en su mano y corrió a abrazarla. “Fue muy emocionante”, dice.

Después de un mes en Pirque, las prisioneras volvieron a lo que realmente era Tres Álamos. “Me costó mucho llegar a Tres Álamos”, dice Shaíra. La vida en el campo de concentración ya estaba organizada, era ella y su compañera Marcia las que debían integrarse a las tareas que cada prisionera debía cumplir. Por un lado estaban las tareas comunes: cocinar, limpiar o recolectar los ingredientes para la comida. Por otro, los trabajos o cursos donde las prisioneras podían distraerse: bordar, leer, pintar, confeccionar joyas, entre otras actividades.

El turno que Shaíra recuerda con alegría era aquél donde debían ir a buscar los fondos de comidas. Esto significaba la posibilidad de encontrarse con algún compañero o conocido porque debían cruzar el recinto hasta llegar a la cocina que quedaba cerca del pabellón de los hombres. “Cuando se pasa recién a Tres Álamos, se está muy insegura; pero después una

ya empieza hacer una vida normal porque se hace amigos, se hacen cosas, la vida se acomoda”, recuerda.

Las visitas en el campo de prisioneros eran quizás la mayor diferencia respecto a los centros de tortura clandestinos. En Tres Álamos los detenidos pasaban a ser reconocidos como presos políticos para la sociedad chilena y los organismos internacionales, por lo que los familiares podían visitar a sus seres queridos dos veces a la semana. El miedo y la incertidumbre que generaba el estar en libre plática después de tanto tiempo de tortura y poder ver a su familia no le dejaron disfrutar completamente el primer encuentro.

Ella recuerda que aún su cuerpo mostraba las marcas de aquellos interminables interrogatorios con electricidad; además de diversas quemaduras de cigarros. Su madre la visitó al poco tiempo de llegar al campo de concentración. Recuerda el primer abrazo con alegría. Sin embargo, su madre ya no era la misma: su aspecto había cambiado, su cara reflejaba la desesperación y el dolor de tener a su hija lejos por tanto tiempo. A pesar de que trataba de darle ánimo, ella se daba cuenta de la pena que guardaba. “Era muy emocionante poder ver a la familia después de tanto tiempo; pero también era triste dejarlos”, dice.

Los miércoles la visitaba Adrián, los domingos su familia. En cada una de estas reuniones ella recibía diferentes cosas que después debía pasar a las *carretas* que juntaban los insumos de cada persona: chocolate, fruta, verdura, útiles de aseo, entre otras cosas. Al llegar al centro, y a pesar de la solidaridad que se generaba, a Shaíra le impactó la rigidez con que los prisioneros se organizaban. Para ella el estar presa significaba

un gran peso y aquella forma de organización lo aumentaba. Aquello sólo llegó para reforzar su condición de detenida y si bien en José Domingo Cañas y Villa Grimaldi sufrió los horrores más grandes que un ser humano puede generarle a otro; en Tres Álamos sintió por primera vez el verdadero encierro.

Sin embargo, con el pasar de los días fue adaptándose a la forma de vida que se daba dentro del campo de concentración. Recuerda que su estadía se transformó en una rutina y que las preocupaciones comenzaron a ser otras: aprendió a bordar blusas y quedó encantada con aquel pasatiempo, por lo que en cada visita de su marido la prioridad era pedirle lana sintética de los colores más fuertes que pudiese encontrar y si a la visita siguiente no llegaba con ellas, su enojo era seguro. Le fascinaba hacer artesanía con el hueso del ossobuco y su hermana era la encargada de proveérselos en cada visita. También, si no llegaba con los huesos la mandaba a recolectarlos para la semana siguiente.

Para Shaíra, Tres Álamos se convirtió en el mejor recinto dentro de todo el circuito de la represión porque “sin duda ahí estaba mucho mejor de cómo estaba en los otros lugares donde había pasado”.

A pesar de estar en mejores condiciones, Shaíra siempre tuvo miedo de que quienes la tomaron detenida se dieran cuenta que mintió durante los interrogatorios y la volvieran a los centros de tortura clandestinos. Dice que tuvo suerte y asume que eso se debió a que durante el tiempo en que ella cayó —en 1975— los organismos de represión estaban encargados de perseguir y desarmar, principalmente, la estructura del

Partido Socialista por lo que estaban un poco desinformados de la organización del PC, donde ella trabajaba como enlace. De lo contrario, “la historia hubiese sido diferente”, dice.

En una de las tantas visitas, su marido le contó que la dirección del partido se comunicó con él y le dijo que tenían que conseguirse rápidamente visa y salir del país porque ya estaban empezando a caer miembros del partido al que ambos pertenecían. De esta forma, Adrián, que nunca fue detenido, utilizó un contacto que un familiar tenía en la embajada de Francia y como su abuelo era de ese país, consiguió el documento que tanto necesitaban.

En diciembre de 1975, mientras Shaíra almorzaba junto a sus compañeras, escuchó su nombre a través de la radio. Eso significaba que saldría en libertad. Era Amnistía Internacional la que la estaba pidiendo.

Después de cinco meses como prisionera, Shaíra Sepúlveda Acevedo recuperaba su libertad.

La tranquilidad aún no llegaba, tenía que salir inmediatamente del país porque si volvía a caer el trato que recibiría esta vez sería mucho peor. Durante un mes, vivió en la casa de sus padres, donde su hermana y con amigos; siempre moviéndose de un lado a otro. “Yo no vuelvo a caer presa”, se prometió. Fue así como su marido comenzó a hacer las gestiones en el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur) para así poder irse lo antes posible.

El 21 de enero de 1976, con la ropa que puede contener una maleta pequeña, Shaíra se fue a Francia. Allá la esperaba “Francia Tierra de Asilo”, un organismo encargado de recibir

a todos aquellos presos políticos exiliados, expulsados o que escapaban de Chile. Gracias al programa de reagrupación familiar, Adrián pudo irse una semana después.

“Uno en ese momento no quiere saber nada porque no estás en tu país”, dice Shaíra al recordar su exilio. Al principio recibieron alojamiento en la casa de sacerdotes obreros donde tenían una pieza y baños comunes. Luego, se trasladaron a unos departamentos en el centro de Francia que al parecer era un centro de vacaciones para trabajadores. Finalmente, volvieron a París. Allí comenzó a trabajar haciendo aseo en diferentes lugares y Adrián empezó a estudiar francés. Como ambos eran militantes disciplinados comenzaron a trabajar, paralelamente, en una especie de célula del Partido Comunista junto a diferentes chilenos. La idea era realizar campañas para evidenciar lo que estaba ocurriendo en Chile y poder enviar dinero a aquellos compañeros que lo necesitaban.

Shaíra dice haber vivido buenos y malos momentos en aquel país que la aceptó mientras huía de la represión y tortura que abundaba en el suyo. En Francia nacieron sus dos hijos: Adrián José y Gerónimo Verdugo Sepúlveda. Ahí también se separó de quien fue su gran compañero.

Después de 17 años en el exilio, en 1993 Shaíra decidió volver a Chile. Sus hijos tenían doce y quince años, por lo que el regreso se volvió aún más difícil. Ellos desconocían totalmente el país donde sus padres habían nacido y no se sentían parte de él. “Para mí fue un golpe súper grande volver porque si bien sabía que Chile ya no era el mismo, no me podía explicar que en un tiempo los milicos hayan hecho lo que quisieran, y después nadie les haya dicho nada”, dice.

Shaíra y sus hijos estuvieron en terapia permanente. Ella, por las torturas sufridas durante su paso por los centros de detención clandestinos; ellos, por lo que significaba enterarse de los horrores padecido por su madre. Tiempo después, decidió por razones personales dejar de militar.

Actualmente Shaíra es jubilada hace dos años y participa activamente en la Corporación Tres y Cuatro Álamos Parque por la Paz, la Memoria y la Justicia; para la recuperación total del lugar que se encuentra en manos del Servicio Nacional de Menores (Sename).

“Cuando uno está siendo torturada no sabe cuál es su límite. Es fácil decir no voy a hablar; pero hay que estar en ese momento para saber cuánto vas a resistir. Cuando estaba en Villa Grimaldi me preguntaba ‘hasta cuándo podré soportar’ y eso me asustaba”, dice más de 40 años después de uno de los peores momentos de su vida.

CAPÍTULO 2:
Londres 38

*Levántate y mírate las manos
para crecer estréchala a tu hermano.
Juntos iremos unidos en la sangre
hoy es el tiempo que puede ser mañana.*

Plegaria a un labrador – Víctor Jara

Era verano y Nieves Ayress trabajaba en la fábrica de su padre ubicada en San Miguel. De repente sintió unos ruidos en la entrada del lugar y se dio cuenta que se dirigían hacia ella varios hombres armados. Violentemente le vendaron los ojos, la sacaron de la fábrica y la subieron a un auto. Tenía 26 años cuando fue llevada a Londres 38.

Un año antes había sido detenida por primera vez. Primero fue llevada a la Escuela de Suboficiales de Carabineros – durante dos días– y luego al Estadio Nacional, en el que permaneció dos semanas.

Desde pequeña conoció a Salvador Allende, Violeta Parra, Pablo Neruda y distintos activistas y revolucionarios. Sus bisabuelos, abuelos y padres eran activistas políticos. Nieves tenía 20 años cuando comenzó a participar en el Ejército de Liberación Nacional de Bolivia (ELNB), una rama del Partido Socialista en Chile. A esa edad empezó a trabajar con mujeres y niños a los que les enseñaba a leer y escribir en las poblaciones.

Apenas el vehículo se acercó a la calle Londres, los guardias que estaban en los alrededores avisaron que una nueva detenida estaba llegando, así evitaban llamar la atención de los vecinos. Al llegar al lugar, la sacaron del auto y la encerraron sola en una pieza de la casa. Ahí permaneció incomunicada durante dos semanas y se dio cuenta que su padre y su hermano también estaban detenidos. “Yo escuchaba las voces solamente, estaba vendada y no los veía”, relata.

Londres 38 fue el primer lugar que habilitó la DINA como centro de detención clandestino en 1973. Muchos de los detenidos llamaron a este lugar “la Casa de las Baldosas”,

por lo que podían observar debajo de la venda o “la Casa de las Campanas”, por el sonido que provenía desde la Iglesia San Francisco. Se estima que aproximadamente 2 mil personas pasaron por este lugar.

“Una vez me forzaron a realizar el acto sexual con mi padre y hermano”, dice Nieves. Ella asegura que el 98 por ciento de las torturas sufridas en Londres 38 eran de tipo sexual: fue amenazada en reiteradas ocasiones por los agentes de la DIN A que le decían que su padre y su hermano la violarían. Además, la obligaban a presenciar las torturas que les provocaban a ellos.

Acostada en el suelo, Nieves trataba de recuperarse de las torturas y de la violación a la que había sido sometida el día anterior. De repente sintió que alguien abrió la puerta y sin decirle nada, la llevó a otra pieza donde se encontraba su papá. Los agentes la amarraron desnuda junto a él y mientras les aplicaban descargas eléctricas, les gritaban groserías.

Nieves cuenta que una de las torturas más usadas en el centro eran los colgamientos, debido a que duraban varias horas e incluso días. “Uno perdía la noción del tiempo, del día y de la noche, eran sesiones larguísimas”, recuerda.

En febrero de 1974 fue trasladada al campamento de prisioneros Tejas Verdes, ubicado en San Antonio. Allí permaneció nuevamente incomunicada. Fue torturada y violentada sexualmente en muchas ocasiones. “Los agentes colocaban ratas adentro de mi vagina y luego me daban choques con electricidad”, cuenta.

Nieves dice que al recibir el choque, las ratas se desesperaban y hundían sus garras en la carne de su vagina.

Como se orinaban y defecaban en su cuerpo, le contagiaron el virus de la toxoplasmosis. “A nosotras nos golpeaban por ser políticas y mujeres. Ellos tenían la orden de destruirnos la vagina para que ninguna mujer tuviera hijos miristas o revolucionarios”, dice.

Un mes después, en marzo de 1974, su destino cambió: fue llevada a la cárcel de mujeres ubicada en San Joaquín. Transcurrido un mes de haber llegado a ese lugar, Nieves se percató de que algo raro pasaba con su cuerpo.

—No me ha llegado la *regla*... Parece que estoy embarazada —le dijo a sus compañeras de celda.

—¿Estás segura? —respondió una de ellas.

—Sí, tengo síntomas —afirmó.

Nieves estaba débil por las torturas que había recibido. Sin embargo, para verificar su estado de salud fue llevada al policlínico de la cárcel. Nerviosa entró al *box* en el que estaba el doctor. Él le constató los signos vitales, le realizó un examen y le confirmó que estaba embarazada producto de las constantes violaciones a las que fue sometida. “Te tienes que sentir orgullosa de tener un ‘hijo de la patria’”, le dijo el médico mirándola a los ojos.

En esa época, la cárcel de mujeres era administrada por las religiosas del Buen Pastor, las que le ofrecieron ayuda para interrumpir su embarazo. Sin ser católica, Nieves debía enviar una solicitud al Cardenal para que él se la enviara al Papa y éste le diera la autorización correspondiente. Sin embargo, no obtuvo una respuesta.

Finalmente, decidió pedirle a sus compañeras que le hicieran un aborto clandestino, pero su estado había

empeorado y las condiciones de salubridad del lugar eran deplorables. Existía una alta probabilidad de morir: por eso decidió tener al hijo. “Después de haber sobrevivido meses de tortura y de detención, no les iba a dar el gusto a los militares de morirme”, reflexiona años después.

Con el paso del tiempo y producto de las lesiones que tenía en el útero, comenzó a sentir dolor en el vientre y a perder coágulos de sangre. Nieves estaba conversando con sus compañeras de celda cuando, de repente, empezó a sentir un gran dolor en su cuerpo e inmediatamente corrió asustada al baño. Abrió la puerta, se sentó y se dio cuenta que había sufrido un aborto espontáneo.

En marzo de 1975, Nieves fue trasladada a Tres Álamos. Allí nuevamente fue torturada y violada. “El comandante Pacheco –uno de los encargados– abusaba de mí constantemente durante casi dos años. Le gustaba pasearse por el campo de concentración conmigo”, cuenta.

Tiempo después las prisioneras que se encontraban allí, fueron trasladadas durante un mes a Pirque. Tras volver a Tres Álamos y luego de dos años prisionera, fue expulsada del país en diciembre de 1976. En esa fecha se publicó un decreto especial donde se expulsó del país a 18 personas. Ella se encontraba en esa lista.

Antes de salir del campo de prisioneros, los agentes le entregaron a Nieves y a su actual marido, Víctor Toro, un pasaporte. Después de enterarse de su expulsión, ambos fueron trasladados al aeropuerto y tomaron un avión con rumbo a Berlín. Horas más tarde, aterrizaron en Alemania y en el aeropuerto les comunicaron que el documento que

portaban era falso. Ellos no lo sabían. Sin entender lo que estaba ocurriendo fueron detenidos por la policía alemana.

Gracias a la ayuda de diferentes organizaciones internacionales, Nieves salió en libertad. Desde ese minuto, su vida cambió: viajó a distintos países y vivió su exilio en África, Nicaragua, Cuba, México y Estados Unidos.

En 1977, cuando estaba en Cuba –país en el que vivía el exilio su padre y su hermano– se sometió a distintas operaciones en el hospital Calixto García de La Habana. Ahí ella terminó con algunas de las secuelas físicas que le había dejado la tortura: fue operada de las orejas, de las piernas y del vientre, que evidenciaban la brutalidad de los agentes de la DINA en su contra. Además, uno de los primeros tratamientos a los que se sometió fue para sanarse del virus toxoplasmosis –que ataca la córnea– que contrajo por las ratas.

Nieves cuenta que producto de las 30 veces que fue violada, uno de los logros más importantes para ella –después de haber salido de los centros de detención– fue la reconstrucción de su vagina para poder quedar embarazada. Tiempo después, nació su hija Rosita Victoria. “Victoria, por la victoria que tuve al tener un hijo, porque para mí esto fue simbólico, ya que le demostré a los militares que no me habían destruido”, dice.

Actualmente, vive en Estados Unidos. Junto a su marido crearon el “Movimiento de la Peña”, un movimiento social y cultural que trabaja con homosexuales, prostitutas, indocumentados, entre otras minorías. Nieves y Víctor siguen luchando por una sociedad más justa e igualitaria, tal como cuando eran jóvenes y vivían en Chile.

Apenas escuchó voces intentó levantarse de la colchoneta. Tenía los ojos vendados y se sentía enferma. Pese a esto, alguien la tomó bruscamente y a golpes la metió en un camión de basura. Después de haber estado siete días detenida en el subterráneo de la Plaza de la Constitución –ubicada en el centro de Santiago–, Patricia Herrera de 19 años y militante del Partido Socialista, fue trasladada a Londres 38 junto a sus compañeros de partido que estaban prisioneros con ella.

Patricia se encontraba muy débil después de las reiteradas violaciones y golpes que sufrió en la Plaza de la Constitución. Ni su cuerpo ni su mente estaban respondiendo bien. En la sala principal de Londres 38, ubicada en el primer piso, los prisioneros debían esperar para ser llamados a interrogatorio. Sin embargo, a Patricia nunca la llamaron para esto. Su estado de salud le impedía moverse. Los días pasaban y ella continuaba inmóvil en la casona ubicada en pleno centro de Santiago. Después de varios años y gracias al relato de otros compañeros que estuvieron allí, Patricia ha podido reconstruir su pasado en este lugar.

El 27 de junio de 1974 fue un día frío y nublado. Como todos los jueves, Patricia fue a clases. Cursaba el primer semestre de Ingeniería Comercial en la Universidad Católica. Apenas terminó su última clase, emprendió camino a su casa ubicada en la comuna de Cerrillos.

Una cuadra antes de llegar, sintió que algo raro ocurría. Mientras seguía caminando, vio más autos de los que normalmente se encontraban en su barrio y percibió que

había un movimiento inusitado. Cuando caminaba presintió que algo le podía suceder, sin embargo, nunca imaginó ver a su madre afuera de su casa conversando con unos hombres vestidos de civil. Sin alcanzar a decir ni una sola palabra, se le acercaron violentamente, le amarraron las manos, le pusieron *scotch* en los ojos, la vendaron y la subieron a un vehículo. “En ese momento pensé que mi vida se había acabado. Sentía mucha indefensión. Tenía la sensación de estar cayendo en un pozo negro, en un hoyo donde no veía a dónde iba a llegar. Era la sensación de caer en un pozo sin fondo”, recuerda.

Después de varios años y gracias a una querrela que interpuso—donde diversos testigos la ayudaron a reconstruir su historia— Patricia recuerda que el mismo día que la detuvieron llegó a la Plaza de la Constitución. Había sido secuestrada por el Servicio de Inteligencia de Carabineros (Sicar) y días antes de caer detenida, su pareja de ese entonces, Luis Alvarado, y un grupo de militantes socialistas también habían sido llevados a ese lugar.

La bajaron bruscamente del auto y la llevaron al subterráneo, que actualmente corresponde a los estacionamientos de La Moneda. Al ingresar a ese lugar, la dejaron arriba de una colchoneta tal como venía en el auto: vendada y amarrada. Patricia se encontraba completamente ida.

Horas más tarde escuchó unos pasos que se acercaban. No alcanzó a pensar nada cuando un hombre le puso una pistola en el estómago y la comenzó a violar delante de todas las personas que estaban ahí. Patricia intentaba defenderse con los pies, pero era en vano. “Yo nunca había tenido relaciones sexuales. Esa noche sentí que me moría. Además fue todo

muy rápido, la detención, los golpes, la violación, en ningún momento pude volver a tomar fuerzas”, explica.

Habían pasado varios días desde su detención. Su salud empeoraba y seguía con fiebre. Como era de costumbre una vez que llegaban a Londres 38, los agentes sentaban a los prisioneros en sillas de madera que formaban una hilera. Sin embargo, cada vez que la intentaban sentar se caía una y otra vez. La golpeaban y la volvían a poner en la silla pero nunca les resultó. No se podía su cuerpo. Finalmente, desistieron y la dejaron tirada en el suelo. “Yo en Londres estaba totalmente fuera de combate, no estaba en condiciones para que me interrogaran”, explica.

Las violaciones, la desnudez forzada y los toqueteos por parte de los guardias a los prisioneros, eran constantes en los subterráneos de la Plaza de la Constitución. “Allí no sólo sufrí violaciones sucesivas en frente de toda la gente, también hubo vejaciones y toqueteos más duros que la penetración misma. Ellos se sentían todopoderosos ante nosotros y era como: ‘Date cuenta de la situación en la que estás’. Para ellos, nosotros no éramos personas”, dice.

Patricia se encontraba acostada en la colchoneta y con los ojos vendados en la Plaza de la Constitución, cuando de repente sintió el olor inconfundible de las sopaipillas calientes. Uno de los guardias que estaba comiendo le tocó el brazo y le dijo: “Hoy hace mucho frío, está lloviendo y tengo hijas como tú. Toma” y le pasó dos pedazos de sopaipilla en su mano. Como nunca, disfrutó de esos pocos de comida, lo que le dio fuerzas para seguir sobreviviendo y poder dormir una hora. Para Patricia los días pasaron muy lento en ese lugar. No

recuerda que le hayan dado comida –aparte de ese pedazo de sopaipilla–. No importaba si menstruaba o tenía ganas de defecar: no podía ir al baño y mucho menos ducharse. Su cuerpo se debilitaba día a día.

Los prisioneros políticos no sólo sufrieron torturas y violaciones sexuales. Las vejaciones y las humillaciones con connotación sexual también eran una forma de quebrarlos y debilitarlos. Patricia estaba acostada en su colchoneta cuando los guardias la hicieron levantarse a ella y al resto de los prisioneros que estaban en la pieza. A golpes y empujones los llevaron a otro sitio de la Plaza de la Constitución. Los desnudaron, los formaron en una fila y luego los hicieron marchar. “Ellos se reían a carcajadas de nosotros. De repente nos hacían saltar o agacharnos y uno obviamente les hacía caso o sino nos podían matar. Ese es otro tipo de tortura”, cuenta.

Se encontraba tirada en el suelo mientras los otros prisioneros estaban sentados en las sillas de Londres 38 a la espera de ser interrogados. Convertida en bulto, Patricia estaba en condiciones tan precarias que los agentes tomaron la decisión de llevarla donde un médico.

Uno de los guardias levantó a Patricia violentamente de los brazos y la trasladó a una sala en la que estaba Álvaro Vallejos, más conocido como el “Loro Matías”. Él era un prisionero, estudiante de Medicina y militante del MIR que se encontraba detenido hace varios meses en Londres 38. En el minuto en que a Patricia le sacaron la venda, ambos lograron darse cuenta de las malas condiciones en las que se encontraban y que no podrían ayudarse mutuamente. Él le

hizo un gesto a uno de los agentes, dándole a entender que no estaba en condiciones de examinarla por el estado de salud de él y por lo delicada que se veía ella. Ante esto, Patricia fue retirada a empujones de la sala volviendo al lugar donde estaba anteriormente: el suelo.

Sin entender muy bien lo que estaba sucediendo, fue levantada del piso por los agentes y subida a un vehículo para ser trasladada. Al igual que sus compañeros del partido, llegó al campo de prisioneros Cuatro Álamos.

Varios años después y a través de los relatos de las personas que la vieron mientras estaba prisionera, Patricia se enteró que estuvo aproximadamente siete días en Londres 38. En esa semana nunca fue interrogada por los agentes. Su paso por la Plaza de la Constitución la dejó tan débil que sus recuerdos son prácticamente nulos en ese lugar.

Al llegar a Cuatro Álamos separaban a los prisioneros en piezas de hombres y mujeres. Patricia como era la única mujer de su grupo socialista, quedó sola en una de las celdas. Los días fueron pasando y de a poco se fue recuperando. A pesar de que los detenidos se encontraban en precarias condiciones, en Cuatro Álamos tenían la posibilidad de comer y de estar sin venda dentro de la celda, a diferencia de su paso por los centros de tortura. “La comida la dejaban afuera de la puerta, eran unas cosas asquerosas pero el hecho de tener alimentos te ayuda. Eso me permitió recuperar fuerzas para seguir sobreviviendo porque era mejor de lo que estaba antes”, comenta.

Acostada en uno de los camarotes que estaba en su celda, Patricia escuchó voces conocidas que venían desde afuera. En

fracción de segundos se dio cuenta que estaban trayendo hacia su pieza a dos mujeres que conocía. Se metió bajo el colchón del camarote y se quedó en posición fetal bien cubierta para que no la vieran al momento de entrar. Los guardias dejaron a las mujeres y una vez que se fueron, Patricia las miró y les dijo: “Hola”. Las mujeres eran dos profesoras que le habían hecho clases en el liceo en que estudiaba. Como había terminado el colegio hace sólo un año, las tres se reconocieron inmediatamente.

Patricia llevaba desaparecida un mes y medio, por eso fue muy emocionante para las profesoras verla viva. “Cuando salí de la cama casi se murieron de la impresión. Ellas sabían que yo estaba desaparecida, entonces fue una gran sorpresa verme. Fue bien emocionante. Yo les decía que nos quedáramos calladas porque si no lo hacíamos nos podían sacar de la celda”, recuerda.

Patricia estaba por cumplir dos meses detenida en Cuatro Álamos cuando una mañana muy temprano sintió que golpeaban fuerte las puertas de todas las piezas: era para avisarles que se haría un cambio en el mando del centro. Desde ese día, Carabineros dejaría de controlar Cuatro Álamos y este lugar pasaría a manos de la DINA.

Esa misma mañana cuando le tocaron la puerta, un carabinero le informó que estaban haciendo limpieza en las celdas y que estaban revisando que ningún prisionero tuviera alguna dolencia grave. Le cambiaron el colchón en el que estaba durmiendo porque estaba sucio y lleno de hongos y le preguntaron cómo se sentía de salud. Patricia se encontraba en mejores condiciones en comparación a cómo había llegado

de Londres 38. Estaba cada vez más consciente y pese a las carencias que tenía en Cuatro Álamos, comer y dormir en un colchón la hacía recuperarse lentamente. Sin embargo, no todo estaba bien para ella: sentía una picazón muy grande en todo su cuerpo.

Justo antes de que el carabinero le preguntara por su estado de salud, Patricia se había dado cuenta de que tenía ladillas en su pubis y a eso se debía la picazón. Al enterarse de esto, los guardias la sacaron de la pieza, le dieron autorización para bañarse en una ducha que tenía el recinto y le entregaron una afeitadora para rasurarse e intentar que las ladillas desaparecieran. Después de un mes y medio detenida era la primera vez que se podía bañar. “Cuando me pasaron la cuchilla y me hicieron contarles lo que tenía me sentí muy mal, y les dije: ‘Después de tantas violaciones de ustedes tengo esto’. En ese momento recuerdo haberme sentido profundamente humillada y vejada”, cuenta.

Patricia ya se encontraba de vuelta en su celda cuando escuchó que la llamaban.

–Paty... Paty –le dijeron.

Era su pareja quien le estaba hablando.

–Paty, ¿cómo estás? –le preguntó él desde la pieza de hombres.

–Bien –respondió ella muy avergonzada.

–¿Te pasó algo? –le preguntó su compañero.

–No –le respondió ella.

–Pero escuché que te dieron una afeitadora.

–Mmm... Sí. Era para que me depilara los vellos de las axilas –respondió ella muy incómoda.

Una de las formas que tenían los prisioneros para comunicarse en Cuatro Álamos era esperar que todos los presos se quedaran completamente en silencio, para que así las personas que querían preguntarse o decirse algo se logaran escuchar. Así ella se comunicaba con Luis.

“Cuando él me empezó a preguntar por la afeitadora yo tenía tanta vergüenza, estaba tan colorada que no sabía qué decirle, por eso lo primero que se me vino a la cabeza fue que era para cortarme los vellos de las axilas. ¡La respuesta ridícula! Estábamos en situación de cárcel y yo afeitándome las axilas. Pero no le podía decir la verdad, me daba mucha vergüenza obviamente porque además todo el mundo te escuchaba”, cuenta entre risas.

El 2 de septiembre de 1974, Patricia Herrera Escobar fue reconocida como prisionera de guerra y trasladada junto a su pareja a libre plática en Tres Álamos. El resto de sus compañeros del partido con los que había estado en la Plaza de la Constitución y Londres 38 fueron llevados a distintos lugares.

Cuando estaba en Tres Álamos, Patricia se unió a los grupos de trabajo o *carretas* –como se denominaban– organizadas al interior del recinto por los propios prisioneros. Tenían horarios para las comidas y podían recibir visitas. La primera que ella recibió fue la de su madre.

Se encontraba en la celda conversando con otras mujeres cuando les gritaron que era hora de visita. Patricia nerviosa y emocionada vio a su madre que la estaba esperando. Conversaron y se abrazaron fuertemente. Patricia le aseguró que nunca más le volvería a mentir. Su mamá no sabía que ella

era militante socialista desde los quince años.

Al despedirse de su madre, Patricia le entregó una bolsa con ropa: era la que había usado desde el día que fue detenida en su casa, hasta que llegó a Tres Álamos. “Nunca me imaginé que yo no le podía entregar la ropa a mi mamá. En ese momento no lo pensé, no se me ocurrió que iba a ser tan terrible para ella que le entregara una bolsa con ropa que venía con sangre, semen, mugre y con todo lo que vives en esos meses. Después me enteré que ese había sido un golpe muy duro para ella, porque claro, ellos como padres no saben lo que a uno le pasa adentro”, dice.

Casi un año después, el 26 de agosto de 1975, Patricia fue expulsada del país. El mismo día que le informaron sobre la medida, fue llevada nuevamente a Cuatro Álamos. Ahí pasó su última noche antes de salir de Chile. A la mañana siguiente, la despertaron y la hicieron subir a un vehículo. Con un gran despliegue de carabineros haciendo sonar las sirenas, Patricia fue llevada al aeropuerto de Santiago. Cuando llegó, un representante del Comité Internacional para las Migraciones Europeas (CIME) se hizo cargo de ella. Los pasajeros comenzaron a subir la escala para entrar al avión y, una vez que estaban todos arriba, Patricia subió junto al representante del CIME quien la dejó en su asiento. Se cerraron las puertas y el avión despegó. Después de un año y medio detenida, Patricia estaba en libertad. Su próximo destino era Francia.

Sin poder despedirse de su familia, comenzaba su exilio. Lo primero que hizo en París fue ir a una plaza. Sentada en una banca y mirando el cielo celeste, el sol intenso y la gran variedad de flores que había, Patricia se sintió feliz. “Estoy

libre, tengo una vida por adelante, lo que venga, bien”, se dijo.

Buscó alojamiento en un hogar en que recibían inmigrantes. Vivió ahí junto a Luis, quien fue exiliado un tiempo más tarde. Trabajó cuidando niños y haciendo aseo, hasta que recibió la noticia de que se había ganado una beca para estudiar un doctorado en historia. Vivió en Francia durante nueve años y en el transcurso de ese tiempo se separó de Luis. “A él le tocó vivir todo el rechazo que yo sentía contra los hombres por todas las cosas que viví presa. Sin darme cuenta sentía una agresión ante cualquier acercamiento, entonces él vivió esa situación difícil”, cuenta.

En 1984 se fue a vivir a Cuba. Quería cambiar de vida. Sentía que ya no tenía nada más que hacer en Francia. Seis años estuvo en la isla. Trabajó, se enamoró, tuvo una hija llamada Amanda y se dio cuenta de que ya era momento de volver a Chile, extrañaba a su familia y a su país. En 1991 Patricia regresó a Chile junto a su esposo y su hija.

Como ocurre con muchas otras mujeres sobrevivientes, para ella no es fácil recordar lo que sufrió mientras estuvo detenida y mucho menos relatar su experiencia a sus cercanos. Amanda, su hija, tenía quince años cuando su madre dio por primera vez una entrevista en televisión. Estaba sentada junto a su abuela en el sillón de la casa mientras su madre relataba los horrores vividos durante la dictadura. “Uno nunca habla de los detalles de lo que sufrió con la familia, con otra gente sí, pero con la familia no. Es duro, ellos sufren también y el dolor de un familiar es a veces más fuerte que el propio sufrimiento”, comenta Patricia. Su hija nunca le ha preguntado más detalles sobre este tema, sin embargo, la acompaña a

diversas actividades conmemorativas.

Hoy Patricia sigue militando en el PS y trabaja en la Biblioteca Pública de Cerrillos. El 2010 interpuso una querrela por la violación y los vejámenes sufridos en el subterráneo de la Plaza de la Constitución en 1974. Después de más de 40 años, tiene la esperanza de que esta querrela sea acogida por la Corte de Apelaciones de Santiago. “Es una forma que tenemos de luchar y lo vamos hacer aunque nos demoremos toda la vida”, afirma.

Su deseo es que se haga justicia en el país y que se deje de invisibilizar la violencia política sexual ocurrida durante la dictadura militar. “Seguiré luchando porque ellos nunca tocaron mi corazón, nunca tocaron mi alma, siempre fue mi cuerpo, y como no pudieron llegar a mi alma, no me destruyeron la vida”.

Erika Hennings tenía 22 años y estaba casada con Alfonso Chanfreau. Ambos vivían junto a su hija Natalia –de un año y medio– en la calle Escanilla, en Independencia.

El 30 de julio de 1974, era un día helado y oscuro. La familia Chanfreau Hennings se encontraba en el interior de la casa cuando escucharon ruidos y que algo extraño estaba pasando. Eran agentes de la DINA los que habían saltado la reja de su casa y los que estaban golpeando las puertas y ventanas. Asustado, Alfonso abrió la puerta: se dio cuenta que era un gran operativo y que los venían a buscar. La primera persona que vio fue a Gerardo Ernesto Godoy García, más

conocido como “capitán Manuel”.

—¿Quién es Alfonso René Chanfreau Oyarce? —preguntó Gerardo Godoy.

En ese momento entraron violentamente diez agentes a la casa. Mientras él era arrestado y subido a un vehículo, Alfonso les pidió que por favor se llevaran a Erika y a su hija a la casa de los padres de ella. Ellos accedieron. Mientras subieron a un auto a Alfonso con destino a Londres 38, Erika, junto a su hija fueron subidas simultáneamente a una camioneta Chevrolet C-10 sin patente.

A la mañana siguiente Erika se encontraba en la casa de sus padres. Mientras llevaba la mamadera a su hija que estaba en el segundo piso, escuchó que alguien tocaba el timbre. Sin pensarlo, asumió que la venían buscar. Bajó rápidamente las escaleras y se subió a la camioneta blanca donde la estaban esperando dos agentes de la DINA.

Una vez sentada en el vehículo, con un agente a cada lado, le informaron que la llevarían al lugar donde estaba Chanfreau, debido a que él no quería cooperar con el interrogatorio. En el transcurso, le ordenaron que se agachara, que se pusiera *scotch* en los ojos y unos lentes oscuros. Finalmente, Erika fue llevada a Londres 38.

Erika comenzó a militar en el Partido Comunista cuando tenía quince años, al igual que su madre y sus abuelos maternos. Sin embargo, en 1972 decidió ser militante del MIR. “Yo empecé a sentir faltas en el PC en cuanto a su funcionamiento tan vertical. En la época de la Unidad Popular entendía más concepciones políticas que eran del MIR que del PC, por ejemplo respecto al trabajo campesino”, comenta.

Al llegar al centro de detención de calle Londres, Erika fue bajada del auto por los agentes. Al ingresar al lugar, unas mujeres le tomaron sus datos de identificación y le colocaron una venda en los ojos sobre el *scotch* que tenía puesto. Sin embargo, en ese momento, logró ver a varios compañeros que estaban sentados en sillas en forma de hilera y con una frazada en el cuerpo, debido al frío que hacía.

Horas más tarde fue llevada a una sala en la que le pusieron un número escrito sobre un cartón para identificarla. “Parece que yo era el número 25 y Alfonso el 24”, dice. Esta práctica se realizaba con todos los presos políticos. Los detenidos sólo escuchaban números a su alrededor.

Erika fue sentada en las sillas con el resto de las mujeres detenidas. Algunas le hablaron y otras le hicieron preguntas, pero ella mantuvo una actitud distante. Sin embargo, las horas pasaron y de a poco comenzó a conversar con las prisioneras que estaban en su misma situación.

Más tarde, se le acercó el agente Osvaldo Romo, la tomó violentamente de los brazos y la subió por la escalera de caracol que tenía la casa. Abrió la puerta y la hizo entrar a la pieza en la que estaban torturando a Alfonso.

–¡Preséntate, di tu nombre y apellido! –le gritó el agente.

–Soy Erika Cecilia Hennings Cepeda –respondió ella con voz fuerte pero temblante.

Al escuchar el nombre, Alfonso comenzó a gritar desesperadamente, ahora ya no sólo tenía miedo por él, sino que también por Erika.

Los interrogatorios a los que era sometida no fueron con la intención de sacarle información que ella manejara,

sino que con el fin de presionar para que su esposo hablara. Alfonso era un importante dirigente del MIR. “El tiempo que yo estuve en Londres 38 no fui interrogada respecto a mí; sino que más bien fui utilizada. Yo me sentí en algún momento un instrumento más de tortura”, menciona ella.

En otra oportunidad la llevaron a una pieza en la que también estaba su esposo. Ambos se encontraban con los ojos vendados, cansados y abatidos. Erika, pese a no poder ver el rostro de él, pudo percibir que su marido estaba esposado y amarrado. Él intentó abrazarla y le pidió perdón por encontrarse ella allí.

El 13 de agosto de 1974, le informaron a ambos que Alfonso sería supuestamente trasladado de centro, por eso Erika le pidió a Osvaldo Romo que la dejara despedirse de su marido. Él accedió y dio la orden para que la subieran a la pieza donde estaba Alfonso.

Erika entró y lo abrazó fuertemente. Ambos estaban vendados, tristes, y débiles. No podían verse, pero se acariciaron, se besaron, se olieron y conversaron. Se hicieron promesas relativas a un posible exilio en Francia y sobre muchas otras cosas.

Luego de esa conversación, los agentes entraron a la pieza en la que estaban y se llevaron a Alfonso. Nunca se imaginaron que sería la última vez que se verían. Desde ese día, no se sabe del paradero de él. Erika estuvo 18 días en el centro de detención. Durante toda su estadía, ella y su marido fueron torturados por los agentes de la DINA.

Tres días después fue trasladada a Cuatro Álamos, lugar en el que permaneció un día. Posteriormente, fue llevada a

Tres Álamos, donde estuvo en libre plática hasta noviembre de 1974.

En octubre de ese mismo año, la Asamblea Nacional Francesa envió una solicitud exigiendo en un decreto que si no liberaban a los ocho presos que tenían doble nacionalidad —chilena y francesa— realizarían un bloqueo económico.

Erika estaba en una celda de Tres Álamos cuando escuchó en las noticias que transmitían en la radio que iban a liberar a siete de los ocho presos franceses-chilenos que estaban en libre plática. “En ese momento yo pensé que como yo no era francesa, iba a ir Alfonso; pero cuando me dicen ‘no es Alfonso, eres tú’, me di cuenta que lo habían matado”, explica.

El 7 de noviembre, el embajador de Francia, consiguió un permiso especial para que Erika y el resto de sus compañeros con doble nacionalidad, salieran lo más rápido posible de Tres Álamos. Emocionada y nerviosa iba en el auto que la llevaba camino a la embajada francesa. Su hija Natalia y sus padres la estaban esperando. Tres horas estuvieron juntos, conversaron y comieron empanadas. Después de un rato Erika se despidió de sus padres y junto a su hija se subió al vehículo del embajador que las llevó al aeropuerto. Horas después aterrizaron en Francia.

En el exilio, Erika se contactó con compañeros del MIR que vivían en una residencia universitaria. Estuvo tres años ahí, compartiendo sus historias, tratando de sobrevivir en un país lejano y por sobre todo construyendo redes de apoyo.

Uno de los momentos más complejos para ella, fue el proceso de contarle a su hija su historia y por qué su padre no estaba en las fechas especiales: día del padre, Navidad o su

cumpleaños. A partir de este tipo de situaciones Erika decidió buscar ayuda psicológica. “Le pregunté a la terapeuta cómo podía abordar esto y ella me dijo: ‘dile la verdad, que él nunca más apareció por tales razones, ella no va a entender ahora pero va a tener la verdad, y lo importante es que cuando ella crezca, va a saber que tú no le mentiste’”, relata.

Natalia, estaba por cumplir diez años y se encontraba de vacaciones con sus compañeros de colegio afuera de la ciudad. Erika al igual que su hija, ya tenía una vida relativamente normal en Francia. Sin embargo, ella siempre tuvo ganas de regresar a su país. Por eso, insistió constantemente en la embajada de Chile enviando solicitudes para volver. Perseverantemente, llamaba por teléfono para preguntar el resultado de éstas, pero no obtenía respuesta positiva.

El 23 de agosto de 1983, Erika volvió a llamar a la embajada:

–Hola quiero saber si hay alguna repuesta de la solicitud que hice sobre mi retorno a Chile –preguntó.

–¿Cuál es su nombre? –le respondieron.

–Erika Hennings Cepeda –dijo.

–Sí, si puede volver –respondieron desde embajada.

Cuando escuchó esto sintió una emoción tremenda, extrañaba a su familia, a su gente, a su país y lo más importante, quería estar en Chile para llevar de cerca las causas judiciales que había interpuesto por la desaparición de su esposo. Natalia quien seguía de vacaciones, recibió una postal de su madre contándole la noticia. Lo más pronto posible ambas se reunieron y volvieron a Chile. “Cuando yo iba a volver estaba eufórica por querer regresar y no tuve mucho tiempo para

conectarme o entender lo que significaba volver”, recuerda.

Ya en Chile, Erika se reencontró con su familia y sus cercanos. Retomó su militancia en el MIR, pero desde una arista de trabajo sobre los derechos humanos. Continuó arduamente la lucha por la verdad y justicia de su marido, se integró al trabajo de la Comisión para el Desarrollo Cultural (Codecu) e inició el trabajo de memoria sobre Londres 38. No tuvo más hijos y no se volvió a casar porque “todavía está casada”, dice ella.

CAPÍTULO 3:
Villa Grimaldi

*Hay quienes imaginan el olvido
Como un depósito desierto / una
Cosecha de la nada y sin embargo
El olvido está lleno de memoria.*

¿Cosecha de la nada? – Mario Benedetti

En 1997 su portón principal se cerró como señal de nunca más. Restaurante Paraíso Villa Grimaldi, Cuartel Terranova y Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi son los nombres que recibió uno de los tantos centros secretos de detención y tortura de la dictadura militar. Ubicado en la comuna de Peñalolén, el recinto albergó a alrededor de 4 mil 500 personas, entre ellos 18 ejecutados políticos y 211 detenidos desaparecidos.

–Yo caí embarazada, tenía siete semanas y me golpearon hasta abortar –dice Lelia Pérez al recordar su paso por Villa Grimaldi.

Eran las nueve de la noche del 27 de enero de 1975 cuando la casa de Lelia, ubicada en la comuna de Lo Prado, fue cercada por una camioneta, un auto y un helicóptero. Su madre y su prima menor que la acompañaban no entendían lo que pasaba, para ellas todo era confuso. Esposada, con una rosa que su prima le había colocado en el ojal de su chaleco, con lentes oscuros y *scotch* en los ojos; Lelia fue sacada de su casa y llevada al lugar donde fue torturada por tres meses.

Esa noche le tomaron sus datos, le asignaron un número y la llevaron directo a la *parrilla*. Ella admite que lo que en ese momento sintió fue la desesperación, el horror y el dolor de ver a una persona que amaba: Víctor Hugo –su marido– también se encontraba en el lugar.

Horas antes su la detención Lelia se encontraba ordenando la mesa para el almuerzo.

–Pero si somos tres –le dijo su madre.

–No, mamá. Víctor Hugo no va a llegar, yo creo que lo detuvieron –le respondió.

–Qué *hablai bueas* –agregó su madre.

Así fue. Sin imaginar lo que en ese momento decía, Víctor Hugo –su esposo, padre del hijo que esperaba y también militante del MIR– había sido detenido. “Estar con una persona que tú amas y ver que le están haciendo daño, es una dimensión de tu sufrimiento que no se puede expresar”, dice Lelia al recordar su primera sesión de tortura.

Al momento de su detención, Lelia tenía 18 años. Ésta no era la primera vez en que era víctima del poder, la agresión y la represión de los organismos de seguridad del Estado. Antes, con apenas 16 años, había sufrido su primera detención. Cree que todo se debió a su “condición de marxista” y a sus ansias de ser parte de las acciones que –de manera romántica y pasional– cambiarían lo que en ese momento no le parecía. Es por esto que desde los trece años comenzó a formarse sistemática y políticamente en el MIR.

Para ella el centro de tortura imponía un sistema de cotidianidad que generaba mecanismos de comunicación entre los prisioneros que nacían inevitablemente desde la supervivencia. Datearse quién era acosador, quién era violador, ayudarse con la higiene o simplemente peinarse; resultaba fundamental y se convertían –sin pensarlo– en una forma de ayudarse y de humanizarse.

Lelia –junto a sus compañeros– era sacada a las ocho de la mañana al baño, después tomaba desayuno, al medio día el almuerzo y, finalmente, la cena. Entre estas rutinas, estaban las constantes torturas de las que ella y la mayoría de las mujeres prisioneras vivieron. En sus cuerpos se evidenciaban las heridas hechas por el electrodo que sin limpiar inevitablemente, se

infectaban. Sus vaginas, sus anos y sus bocas eran el reflejo de la brutalidad con que se pretendía obtener información.

La electricidad aplicada en la vagina de las prisioneras, sumado al ciclo menstrual correspondiente producía muchas veces una gran hemorragia. Eran las enaguas, las poleras o alguna venda olvidada las que servían como apósito para aquellos momentos. Este tipo de apoyo se convertía en el símbolo de revelación al poder que se les imponía.

Un día Lelia fue llevada a interrogación: la desnudaron, la amarraron a un catre y le aplicaron electricidad. Mientras estaba en la *parrilla*, una puerta se abrió y entró un chiflón de viento que sintió en todo su cuerpo.

–¿Te dio frío? –le preguntó con una extraña dulzura el hombre encargado de la máquina de electricidad.

–Sí –respondió ella ingenuamente.

–Bueno, para que no tengas frío... –agregó el torturador al tiempo en que encendió el aparato a más intensidad.

El método de tortura que marcó a Lelia fueron los golpes pues producto de la brutalidad y reiteración de ellos en distintas partes de su cuerpo; sumado a la electricidad aplicada en su vagina, abortó al bebé que esperaba. “Fue por una información que les entregué que no les satisfago que me golpearon brutalmente; incluso vino un médico a hacerme un raspaje”, dice. Bajo la consigna “no va a nacer ese hijo de mirista”, como ella, muchas mujeres detenidas estando embarazadas fueron sometidas a abortos programados por parte de los médicos de los recintos.

Después de tres meses en Villa Grimaldi, Lelia fue trasladada a Cuatro Álamos. Allí permaneció hasta que su

cuerpo se recuperó de las torturas sufridas, ya que al pasar a libre plática la DINA no podía arriesgarse a que alguien la viera en mal estado. Luego de eso, la llevaron a Tres Álamos. Allí se encontró con compañeras de partido y comenzó a tener una vida más tranquila. Las torturas habían finalizado.

El 10 de septiembre de 1976, la llevaron a la sala de guardia del recinto. La idea era que firmara un papel donde asegurara que no había sido maltratada. Ella se negó. Sin embargo, si quería salir en libertad, debía firmar.

—Sí, firmo —le dijo a uno de los carabineros que estaba junto a ella.

—*Tenís* 30 días para irte —le respondió.

“Harto de estar ya hartos ya me cansé, de preguntarle al mundo porqué y porqué, la rosa de los vientos me ha de ayudar...” cantaron las prisioneras de Tres Álamos el 10 de septiembre de 1976 cuando Lelia quedó en libertad.

En ese momento la incertidumbre de salir y el dolor de dejar a sus compañeras la invadió. Afuera del campo de concentración esperó a su marido. Después de un rato Víctor Hugo también salió.

A los tres días —desde un auto— alguien les gritó: “27 días”. Sin pensarlo, se comunicó con sus padres que estaban en Venezuela y junto a su marido pasaron a formar parte de los miles de exiliados.

Fueron diez años en un país desconocido y en un lugar que no era parte de ella; pero que la acogió como en el suyo no lo hicieron. Allí vio nacer a sus dos hijas, estudió Pedagogía en Inglés y logró canalizar —mediante diferentes tipos de terapias— lo sucedido.

En 1986, ya de vuelta en Chile, Lelia decidió realizar un magíster en Lingüística. No soporta la invisibilidad que generan las cortinas o cualquier objeto colgante en una habitación, pasa por periodos de ansiedad y son las fechas las que muchas veces le provocan nostalgia.

“Un día entendí cuál era la diferencia entre ellos y yo: la opción. Yo puedo hacerlo, puedo torturarlos; pero yo opto por no hacerlo”, cuenta con felicidad y tranquilidad. Sin embargo, afirma que “cuando te liberan no sales de allí porque te llevas la Villa puesta por el dolor, por la rabia y por la humillación”.

El 29 de enero de 1974, Nubia se dirigía a su casa ubicada en la comuna de Providencia. En la calle Diagonal Oriente –entre Manuel Montt y Antonio Varas– fue detenida por un grupo de agentes de la DINA. En ese momento se encontraba con su marido, Osvaldo Torres, y con dos compañeros de partido. Le colocaron *scotch* en sus ojos y unos lentes que no le permitían seguir observando lo que pasaba. Ya de madrugada llegó a Villa Grimaldi.

Inmediatamente fue llevada a la caseta ubicada en la entrada del recinto. Ahí un funcionario –aparentemente del Registro Civil– le pidió su reloj, sus anillos y su bolso; además de su nombre, dirección y estado civil. Desde ese minuto su nombre se borró, en Villa Grimaldi ella ya no era Nubia, sino que era simplemente un número.

Después de realizar el registro correspondiente la llevaron a “Las Celdas”, lugar llamado así por las prisioneras.

Estas eran habitaciones ubicadas a un costado del recinto que sólo tenían capacidad para una persona. Sin embargo, mediante empujones y tropezones, Nubia ingresó junto a tres compañeras más.

En el lugar el olor a cuerpo en descomposición muchas veces invadió el cubículo producto de la menstruación que a las cuatro mujeres les llegaba. La respiración y la movilidad se hicieron cada vez más imposibles. “En cualquier minuto te sacaban por el número y te llevaban a las salas de tortura. Te desnudaban y te amarraban a la *parrilla*”, dice.

Un día la sacaron a interrogatorio. Fue el “guatón” Romo quien se la llevó a empujones. Nubia recuerda que en ese momento tuvo una sensación de vacío que aumentaba aún más el terror, pues sabía perfectamente lo que vendría.

–Si *querí mear, mea* aquí no más porque en la *parrilla* te *vai* a cagar –le dijo antes de sacarla de la celda.

Cuando llegó a la sala de tortura la desnudaron e inmediatamente la amarraron a la *parrilla*. Ella recuerda que los guardias que estaban en la habitación se burlaban de la sangre que corría por sus piernas producto de su menstruación y que mientras le hacían preguntas, las descargas eléctricas iban en aumento.

El dolor era tal que al intentar soportarlo se mordió la lengua, sin embargo, le pusieron rápidamente un paño húmedo dentro de su boca. “En ese momento para ellos todo era válido: pegarte en los senos, en la cara, en todo tu cuerpo. La electricidad te descentra y te desequilibra porque te la aplicaban en diferentes partes: en la cabeza, en la vagina, en los tobillos o en al ano”, dice.

–No vayas a tomar agua –recuerda que le aconsejaban irónicamente después de cada *parrilla*.

Después de “Las Celdas”, Nubia y sus compañeras fueron trasladadas a la pieza de mujeres. Como era una habitación un poco más espaciosa que la anterior, las 38 detenidas podían estar de pie y se turnaban para poder dormir en los precarios y escasos camarotes.

La pieza tenía una ventana empavonada para que las prisioneras no pudiesen observar lo que afuera estaba pasando; pero como los guardias no frecuentaban su interior, las mujeres –con cuidado para no ser vistas– se sacaban las vendas y se las ingeniaban para mirar a través de los agujeros que siempre quedaban en las paredes.

Al momento de su detención, si bien militaba en una estructura de comunicaciones del MIR; todo era muy nuevo aún. Aquello no la libró de las torturas brutales ni de las humillaciones; pero la tranquilizó el saber que –en ese momento– nadie podría quebrarla. “Nos consideraban, al haber trasgredido las reglas, al habernos metido en política unas sueltas y unas prostitutas; por lo tanto, estábamos a disposición de quién quisiera humillarnos”, dice.

Para ella, las violaciones, las *tocaciones*, los golpes y la electricidad –desde el punto de vista del género– eran una humillación brutal ya que en el contenido de las torturas estaba siempre latente la violencia y el desprecio. Los guardias encargados de aquella dominación fueron arbitrarios a la hora de perseguir, detener, torturar e interrogar a las personas. Tal como podía ser tomado prisionero un dirigente, lo podía ser también un militante o un simpatizante.

Después de un mes, Nubia fue trasladada a Cuatro Álamos donde estuvo por un buen tiempo. Luego pasó a libre plática. En el recinto ubicado en la comuna de San Joaquín también estuvo pocos días pues una delegación de las Naciones Unidas iría a visitarlos por lo que fueron trasladados a Pirque. “No se podían arriesgar a que vieran guaguas, ancianas, menores de edad y jóvenes en una especie de barrancón nazi como lo era Tres Álamos”, cuenta.

Recuerda que allí el panorama era distinto: tenían agua caliente y cabañas en buen estado donde podían dormir tranquilamente. Sin embargo, dice que las visitas se complicaron ya que el lugar estaba ubicado fuera de Santiago y se volvía de difícil acceso para que los familiares las visitaran.

Un día –sin previo aviso– los encargados del recinto comenzaron a llevarse a diferentes personas. Nubia dice que nadie entendía qué pasaba, hasta que fue su turno: la subieron en una micro y la llevaron –junto a sus compañeras– de vuelta a Tres Álamos.

Al llegar se dio cuenta que algunos prisioneros estaban siendo liberados. Esa vez también fue su turno.

Parada afuera de Tres Álamos Nubia no sabía qué hacer. Con una moneda que una compañera le pasó, llamó a una amiga para que la fuera a buscar.

–Te vas a mi casa, mi casa es tu casa –le dijo cuando llegó a buscarla a la comuna de San Joaquín.

Tratar de recuperar los lazos con sus hijos fue la tarea más difícil una vez liberada. Tuvo que dejarles claro que tenía el derecho de luchar y de resistir en base a sus ideales que por ese tiempo se fortalecieron aún más.

“No he caído en esa idea de la mujer que tiene que ir a pedir disculpas por haber sido rebelde, es lo que nos tocó, la vida es así”, comenta Nubia al recordar las torturas que sufrió.

Ángeles Álvarez, estudiante de Pedagogía en Química de la Universidad Católica se encontraba clandestina junto a su esposo Gilberto Patricio Urbina Chamorro, hoy detenido desaparecido.

Escondidos en la casa de unos familiares, en pleno barrio Matta; los militantes del MIR intentaban, hace días, conectarse con alguien del partido. Ellos sabían –por las detenciones de sus compañeros– que los andaban buscando.

–Tengo una forma de llegar a un lugar –le dijo Gilberto mientras salía a buscar un contacto.

El acuerdo entre ellos estaba claro: si él no llegaba después de un rato, ella tendría que arrancar. Sin embargo, desobedeciendo lo que tanto habían planeado, el 6 de enero de 1975 Ángeles fue detenida por aproximadamente quince agentes de la DINA que irrumpieron en la casa donde se ocultaba.

Lo último que vio fueron las metralletas de los efectivos y el color rojo de la camioneta a la que la subieron. Al poco andar le taparon la vista con *scotch* y lentes negros. “Yo sabía claramente dónde estaba y me di cuenta que la camioneta giró hacia Vicuña Mackenna. Después perdí la noción del tiempo, de ahí en adelante fue mucho trayecto”, cuenta.

Al llegar a Villa Grimaldi y después de pasar las pesadas puertas de latón, Ángeles fue llevada a la sala de guardia. Mediante insultos la obligaron a desnudarse y como si trajera algún objeto escondido, los hombres de la habitación la revisaron. “Me revisaron todos los orificios habidos. Fue muy impactante para mí como mujer”, dice.

Recuerda que, increíblemente, fue una ex compañera del partido –en ese momento colaboradora de la DINA– la que la protegió de los insultos y groserías que los hombres le decían mientras su cuerpo estaba completamente desnudo. “Yo describo la violencia como algo que utilizaron para atacar tu condición de género”, dice. En ese momento Ángeles se convirtió en el número 816.

Después de un rato entró a la habitación Marcelo Moren Brito, alias “El Ronco”, a informarle que Gilberto, su marido, había sido detenido y que se encontraba en ese mismo lugar por lo que tenía que colaborar si no quería que lo torturaran.

La hicieron vestirse, le pusieron la venda y la trasladaron a la sala de tortura. Mientras uno de los *dinos* la cuidaba con un fusil en su mano, ella escuchó una voz conocida y algunos gritos de dolor: era su marido que estaba siendo torturado. A pesar de ser uno de los meses con más calor del año, ella tiritaba de frío producto del miedo y la angustia que le provocaba escuchar aquellos gritos. Una hora estuvo de pie hasta que entró una camioneta con un nuevo detenido que bajaron a punta de golpes y patadas.

Al día siguiente Ángeles fue conducida a la sala de interrogación. En el lugar fue golpeada brutalmente, le aplicaron electricidad y la quemaron con los cigarrillos.

Para ella, la electricidad en la vagina y en los senos tenían una connotación horripilante: “Yo creo que a nosotras nos maltrataban porque el estar metida en política no se había dado porque pensáramos; sino porque nos había calentado uno de los compañeros que estaban ahí”, dice.

–Este gil te arrastró a esto *puta de mierda* –recuerda haber escuchado en una de las tantas interrogaciones al interior de la Villa.

En otra ocasión, mientras se encontraba en la pieza de mujeres, los guardias la llevaron a una habitación donde al poco rato entró un compañero con el que ella había trabajado dentro de la estructura del partido a la que pertenecía.

–Flaquita... Flaquita... Por favor –le dijo apenas la vio.

–¿Quién eres? –le preguntó ella.

–Pero ¿cómo? Soy Claudio ¿no te acuerdas de mí? –le dijo su compañero.

En ese momento se dio cuenta que era su compañero y amigo Claudio Silva Peralta, también militante del MIR, hoy detenido desaparecido.

–No quiero que te pase nada –le dijo Claudio llorando.

–Párate maricón de mierda –los interrumpió Marcelo Moren Brito.

Ya era de madrugada. Aquel encuentro sólo había sido una estrategia para que Ángeles hablara. Sin embargo, ella guardó silencio. La vendaron con un trapo viejo que estaba deshilachado, por lo que pudo ver que la llevaban a la casa grande del recinto. Al llegar al lugar se encontró con Miguel Krassnoff quien le dijo que tomara asiento; además de ofrecerle un café y un cigarro. Ella no aceptó.

–Es una estupidez que sigas poniendo resistencia. Yo entiendo que te metiste en una utopía; pero ya está todo terminado –le dijo con amabilidad.

–Sí, tiene razón –respondió ella disimulando su miedo.

–Lo mejor que puedes hacer es colaborar. Tienes que entender que perdieron –le dijo nuevamente.

–Sí... Sí –respondió ella de forma mecánica.

El pavor la invadió. Sólo atinó a darle la razón pues sabía que así la dejaría tranquila por algún tiempo. De esta forma, la llevaron nuevamente a la pieza de mujeres donde sus compañeras la esperaban impacientemente. “¿Qué te hicieron, te sientes muy mal?”, le preguntó una de sus compañeras mientras las demás la acariciaban. Ángeles recuerda que la solidaridad era tremenda: entre ellas se reconfortaban, se daban consejos y se acompañaban después de cada tortura.

Esa noche pudo dormir, pero al día siguiente la volvieron a sacar y a torturar. Ella no tenía nada que decir ya que la mayoría de sus conocidos dentro de la estructura en la que trabajaba habían caído o habían muerto. “En la Villa nadie pasaba piola. Para ellos siempre había algo que te podían extraer”, dice.

Si no era en interrogatorios, Ángeles pasaba todo el día en la pieza junto a sus compañeras. Allí había una ventana que si bien estaba empavonada, tenía algunos agujeros que les permitía ver lo que afuera pasaba. Era tal la incertidumbre que incluso se turnaban para hacer de “sapas” –como ellas le llamaban– y ver a quién bajaban de las camionetas o a quién llevaban a interrogatorios.

Muchas veces pudo ver a su marido mientras los hombres

eran llevados al baño. Allí lo vio en las mejores y peores condiciones. Ángeles recuerda un día en que pudo divisar cómo los guardias lo llevaban a interrogatorio.

–Prefiero que lo maten –dijo Ángeles en voz alta.

–¡Cómo se te ocurre decir eso! Nuestros compañeros son fuertes y él va a resistir –le respondió su compañera de celda.

En Villa Grimaldi vio por última vez a su marido. Después de trece días, Ángeles fue trasladada a Cuatro Álamos y luego a libre plática.

Ya en Tres Álamos sus padres la visitaron constantemente. Ella recuerda que si bien allí no la torturaron, sí tenía que portarse bien pues a las prisioneras se les castigaba con las visitas. Ver a su padre fue lo más fuerte que vivió en aquel lugar. Él muchas veces le había dicho que se entregara a los militares porque creía ciegamente en que ellos la iban a perdonar. Sin embargo, después de estar desaparecida y enterarse de las cosas que había sufrido, su padre no pudo perdonarse haber pensado de aquella forma. En las visitas le llevaba cartones de cigarros y chocolates para que ella compartiera con sus compañeras. Ángeles asegura que aquello era una forma de compensarla.

En ese momento Tres Álamos se encontraba en Pirque, por lo que un día –sin previo aviso– la subieron a un bus de carabineros. Sola y sin saber cuál sería su destino, el miedo se apoderó de ella ya que sabía que muchas compañeras habían sido devueltas a los centros clandestinos de tortura. Sin embargo, fue trasladada al recinto ubicado en la comuna de San Joaquín.

Al llegar, la hicieron esperar en una habitación y luego

hablar con el comandante Pacheco.

–Tome asiento... ¿Quiere un dulce? –le dijo atentamente.

–No gracias –le respondió ella.

–Usted saldrá en libertad. ¿Quién la puede venir a buscar?
–agregó él.

–Mi papá –dijo sin poder creer lo que estaba escuchando.

–Ahí tiene el teléfono, llámelo –le dijo mientras apuntaba el aparato.

Así fue. En cosas de minutos su padre la esperaba a la salida de Tres Álamos. En septiembre de 1975 Ángeles Álvarez fue dejada en libertad sin decreto de salir del país.

“No tenía a mi marido, no tenía a mis amigos, se me había acabado mi mundo social. Me sentí con una soledad inmensa, si alguien me hubiese preguntado qué quería hacer en ese minuto, hubiese respondido que me llevaran de vuelta a Tres Álamos”, dice.

CAPÍTULO 4:
José Domingo Cañas

*Este lugar habla del rastro de lo construido,
de las historias de quienes murieron o fueron
martirizados, de las ideas perseguidas y de
los miedos contenidos, pero también lo hace
del dibujo que a diario construyen quienes
hacen historia después de la historia, ese que
re-significa muros, que permite que la ciudad
recuerde, aprenda y enseñe su propia memoria.*

Casa de memoria José Domingo Cañas

El 5 de octubre de 1974, Miguel Enríquez –secretario general del MIR– fue asesinado en la comuna de San Miguel a manos de los agentes de la DINA. Amanda de Negri –también mirista– escuchó la noticia por la radio. Ésta la inquietó pues sabía que su libertad y la de sus compañeros no duraría mucho.

Cuatro días después recibió la advertencia de una amiga: sus compañeros habían caído y su detención era inminente, debía pasar a la clandestinidad. “Anda a tu casa y busca algo de ropa porque yo te voy a esconder”, le dijo un amigo al que le contó de aquel aviso. Amanda fue rápidamente a su departamento ubicado en el sexto piso de la galería Gran Palace, en pleno centro de Santiago.

Su idea era recoger algunos objetos personales e inmediatamente esconderse. Sin embargo, el escenario fue otro: una pistola calibre 1.3 encima de la mesa, su cuñada amarrada a una silla y seis agentes de la DINA le dieron la bienvenida.

–¿Qué hiciste de almuerzo? –le dijo Amanda tratando de disimular sus nervios a una compañera de partido que estaba escondida en su departamento y que se hacía pasar por su empleada.

–Lentejas, señora –le respondió rápidamente.

–¡Tengo que hablar con usted! –las interrumpió agresivamente un agente de la DINA.

Amanda recuerda que no pudo disimular más pues la apariencia y la tranquilidad de aquellos hombres la inquietaron. Entre ellos estaba Miguel Krassnoff vestido muy elegante, con un impecable traje color *beige* y una imponentia que los demás no tenían. “Eran tipos horrorosos con una tranquilidad

impresionante, como si no estuviesen haciendo nada malo. Eso fue lo que en realidad me espantó”, cuenta.

Inmediatamente la llevaron a la pieza de alojados y la comenzaron a interrogar. “Me preguntaron cosas básicas y les reconocí algunas, les dije que era de izquierda y que estaba absolutamente contra el régimen de Pinochet”, dice.

—¡Te vamos a llevar! —le dijo uno de los hombres.

Eran las tres de la tarde. Amanda y los agentes salieron del departamento simulando ser desconocidos. Caminaron hasta el subterráneo de lo que hoy es el ministerio del Trabajo ubicado a sólo unas cuadras. Allí alcanzó a ver una camioneta Chevrolet C-10 e inmediatamente le pusieron *scotch* en los ojos y la subieron a ella. No recuerda cuánto tiempo duró aquel viaje, pero sabía perfectamente que la llevarían a uno de los centros de detención clandestino del que sus compañeros tanto comentaban. “Después de un rato uno de los *dinos* habló por una radio y entramos a un lugar”, dice.

Fue así como el 9 de octubre de 1974, Amanda de Negri llegó a Cuatro Álamos y pasó a formar parte de la extensa lista de detenidos.

—¿Por qué me traen? —preguntó.

—No lo vas a saber acá, lo sabrás en otra parte —le respondió el agente encargado de recibir a las prisioneras.

La llevaron a una pieza donde había ocho mujeres más. Ella sólo conocía a Muriel Dockendorff, también militante del MIR, hoy detenida desaparecida. “Yo llegué incrédula, no confiaba en nadie, no sabía qué me harían y qué era ese lugar”, recuerda.

Después de unas horas, ya de noche, uno de los agentes

encargado de custodiar el recinto la sacó de la celda, le puso *scotch* nuevamente y la subió a una camioneta. “Tenemos que irnos por República de Israel”, escuchó Amanda. En ese momento su cabeza se llenó de preguntas. No sabía a dónde la llevarían.

Llegaron a José Domingo Cañas, uno de los tantos centros de detención clandestinos utilizados por la DINA durante la dictadura. Conocido como el Cuarte Ollagüe, la casa ubicada en calle José Domingo Cañas 1367 –en la comuna de Ñuñoa– pasó a manos de la DINA en agosto de 1974 y se transformó en un recinto de paso entre Londres 38 y Villa Grimaldi. Por allí transitaron centenares de prisioneros entre ellos 56 detenidos desaparecidos y un ejecutado político.

–Te vamos a fusilar –le dijo uno de los agentes mientras la bajaban de la camioneta.

Inmediatamente la pusieron contra la pared. En ese momento el silencio se mezcló con la oscuridad de sus ojos: no podía ver ni escuchar. “No me van a poder fusilar, no me van a poder fusilar”, recuerda que repetía en su cabeza. Aquellos fueron los minutos más largos de su vida, intentaba no demostrar miedo y aparentar tranquilidad. Amanda cree que eso los enfureció, pues la idea de los agentes era desesperarla y doblegarla.

La tomaron de un brazo y la llevaron a un subterráneo donde la esperaba un hombre.

–*Hueona*, te *hací* la tonta –le dijo apenas la vio entrar.

La agarró del pecho y fuertemente la tiró del vestido acercándola hacia él. Los botones se salieron, el vestido se rajó completamente y su ropa interior quedó a la vista. “Yo

pensé que hasta ahí había llegado mi vida. Fue muy violento”, dice.

–¿A qué te *dedicai*? –le dijo el hombre.

–Soy abogada –respondió ella.

–¡Ah! Y ¿cómo *tramitai* una nulidad? –le preguntó burlándose.

La subieron a una pieza de la casa, le sacaron los *scotch* y vio a un hombre rociando colonia por toda la habitación. Amanda recuerda que la hediondez era tremenda, el aroma dulce de aquella fragancia se mezclaba con el olor a cuerpo de las personas que no se bañaban hace un tiempo; además de la sangre en descomposición producto de la menstruación de las mujeres que allí se encontraban. Se quedó sentada en una silla hasta que en la madrugada un guardia la sacó nuevamente y la llevó a otra habitación.

La desnudaron y comenzaron a aplicarle electricidad en sus senos y vagina, mientras le preguntaban por diferentes personas que, en su mayoría, eran compañeros de partido. Ella permaneció en silencio.

–Qué *tenís* las tetas lindas –le dijo un *dino* mientras la electricidad aumentaba.

Amanda sólo pensaba en un ladrillo. Cuando pequeña un conocido le había dicho que si alguna vez quería bloquear su mente imaginara aquel objeto. “Así logré pasar la primera prueba con la electricidad. Eran muy severos, sobre todo cuando me la colocaban en la vagina y los senos”, dice.

Después de unas horas la llevaron a la habitación. Mientras los conscriptos que custodiaban el lugar se reían, sus compañeras la abrazaban y le preguntaban cómo se sentía.

Su cuerpo evidenciaba las marcas de aquella tortura.

Pasaron varios días hasta que nuevamente la sacaron de la habitación. Mientras caminaba hacia otra pieza, el agente que la llevaba le dijo: “Te vamos a presentar a alguien que tú conoces, así que alégrate”. Apenas entró, Luz Arce –ex militante del PS y en ese momento colaboradora de la DINA– corrió hacia ella y le dio un beso.

–Amanda por favor habla, di todo lo que tengas que decir. Mira como estoy de maltratada, por favor di todo lo que sabes –le dijo la ex militante.

–No tengo nada que decir. Si quieres puedes hablar tú y contar mi vida; pero yo no tengo nada que decir –le respondió ella.

El encuentro fue corto. No cedió a las manipulaciones. Volvió a la pieza que compartía con aproximadamente 25 compañeros y después de tres días la volvieron a *parrillar*: la desnudaron y le aplicaron electricidad en su vagina mientras le preguntaban por diferentes nombres.

“Arréglate porque vamos a salir”, le dijo un guardia. En ese momento, en José Domingo Cañas había un clóset con ropa en buen estado para que quienes salieran con los agentes pudiesen aparentar que se encontraban en perfectas condiciones. Amanda se vistió y salió con ellos. Ese fue un día agotador, ella recuerda que visitaron muchos lugares, todo con el objetivo de que algún compañero se le acercara y así poder tomarlo prisionero.

El primer destino fue el café Paula, ubicado en el centro de Santiago, ya que en una de las interrogaciones ella había dicho que se reunía con sus compañeros en ese lugar. Sin embargo,

nadie llegó pues los militantes del MIR tenían prohibido ir y sólo lo había dicho para distraerlos. “Me acuerdo que me dijeron que si hacía algo o me movía muy rápido, me matarían”, dice. Como nadie llegó al lugar, la llevaron a su oficina y luego a su departamento.

Sin comprender que aquella salida había sido en vano, los agentes que la acompañaban la llevaron al cine a ver *La naranja mecánica*. “¿Se imaginan lo que es ver esa película estando presa, siendo torturada y con ellos al lado? Fue terrible”, cuenta. Después, volvieron a José Domingo Cañas.

Pasaron algunos días hasta que Fernando Lauriani –comandante de la DINA– entró a la habitación y le dijo: “Tú que eres abogada, ahora vas a lavar todos los platos”. Amanda fue a la cocina y limpió todo. “Creía que con eso me iba a humillar, cuando no se imaginaban el agrado que esto era antes de que me torturaran”, cuenta.

Durante su estadía no siempre fue torturada. Muchas veces fueron palabras, *tocaciones* o tratos indignos los que utilizaban para que ella y sus compañeros se sintieran disminuidos. La *parrilla* tampoco fue la única forma en que le aplicaron electricidad.

Un día en la noche, Francisco Ferrer Lima a quien le decían el “capitán Max” –también agente de la DINA– la llevó a una sala de la casa. La sentaron en lo que los guardias y los prisioneros llamaban “el sillón”.

–Dime con quién te acuestas –le dijo.

–Con nadie –respondió ella.

–Para de hacerte la *cartucha*, ustedes son todas unas putas –agregó Ferrer.

–Con nadie –volvió a repetir.

–¡No te *hagai* la *bueona*, si te acuestas con Pascal! –le dijo gritando, al mismo tiempo en que le nombraba a otros compañeros.

Negó saber quiénes eran aquellas personas que le mencionaba. Por esta razón el agente decidió colocarle electrodos en toda su cabeza y aplicarle electricidad. “Es lo más terrible que he pasado, incluso yo creo que todavía lo siento”, cuenta.

Esa noche fue la última vez que la torturaron en José Domingo Cañas y después de 25 días, vendada y junto a otros compañeros, fue trasladada nuevamente a Cuatro Álamos.

Cuando llegó al recinto custodiado por la DIN A, la dejaron en la misma celda en la que había estado hace un tiempo. Compañeras que aún estaban en el lugar le preguntaban si había visto a aquellas que se habían llevado: Lumi Videla, Cecilia Jarpa y Muriel Dockendorff, eran algunos de los nombres que le decían.

–Estoy tan nerviosa –le dijo Amanda al guardia que estaba afuera de la celda.

–Quédese tranquila porque la van a pasar para al lado –le respondió el “*dino* bueno” como le decían las prisioneras.

Después de dos días, Amanda fue trasladada a Tres Álamos. Como era de costumbre, un grupo de prisioneras le dio la bienvenida: la abrazaron, le entregaron ropa limpia y diferentes útiles de aseo. En libre plática la situación era distinta: después de 25 días pasaba a ser reconocida como prisionera.

Días después, mientras ella y sus compañeras almorzaban, “La Juana” –una carabinera encargada de las prisioneras– le

dijo que se preparara porque iría declarar a la Fiscalía. Sus compañeras se alegraron, pues ir a un lugar público a contar su historia no era cosa de cada día.

La sacaron del recinto e inmediatamente le colocaron *scotch* en los ojos. Esa fue la señal que necesitaba: algo no andaba bien. La llevaron nuevamente al lugar donde había estado hace algunos días y donde vivió las agresiones más fuertes que un ser humano puede hacerle a otro. Retornó a José Domingo Cañas.

—*Hueona*, nos mentiste, acá tengo unos papeles para mostrarte —le dijo Marcelo Moren Brito apenas la vio llegar.

Ella no sabía qué decir. Aquel documento había sido recuperado de las pertenencias de Miguel Enríquez y en él salía escrita su chapa; además de una tarea que debía realizar. No entiende cómo se enteraron de su identidad, sin embargo lo negó hasta el final. La *parrilla* fue su castigo nuevamente.

En la casa de José Domingo Cañas las cosas comenzaron a complicarse. Amanda recuerda que hubo un gran alboroto: los guardias caminaban de un lado para otro y se escuchaban gritos y conversaciones subidas de tono. Efectivamente, algo sucedía: Lumi Videla —hoy ejecutada política— había muerto en una sesión de tortura. El caos siguió por algunos días, hasta que una semana después fue trasladada a Cuatro Álamos, para luego pasar nuevamente a libre plática.

Ya en Tres Álamos todo fue diferente. Junto a sus compañeras cantaba, tocaba guitarra y bordaba. Allí aprendió a hacer vestidos, blusas y ponchos. De alguna forma tenía que entretenerse, por lo que tejer se volvió su principal pasatiempo. Con la mensualidad que sus amigos le entregaban en cada

visita compraba la revista *Vanidades* de donde aprendía cosas nuevas para poder hacer. Los días sábados eran las funciones de teatro donde las protagonistas eran ellas mismas. “En Tres Álamos hacíamos de todo”, dice.

Los prisioneros eran profesionales de todo tipo: dentistas, médicos, abogados, profesores; además de estudiantes universitarios, por lo que las conversaciones al interior del campo de concentración –como le llamaban ellos– eran enriquecedoras. Recuerda también que cada lunes el comandante Pacheco –uno de los encargados del recinto– les daba un discurso que para él era ejemplificador. “Los hombres pueden salir a *cahuinear* y cuando vuelven a su casa son hombres; en cambio las mujeres que salen en las noches no vuelven a su casa como una mujer decente sino que como una prostituta”, era parte de su discurso.

En Tres Álamos Amanda recibió sólo una vez la visita de su padre quien nunca le creyó que en aquellos centros clandestinos los prisioneros eran torturados. Lo demás fue la solidaridad de sus amigos y compañeros de trabajo que le llevaban comida y cigarros, pues su madre y dos hermanas estaban en el extranjero y los que se encontraban en Chile –Verónica y Claudio de Negri– estaban clandestinos.

En julio de 1975 –después de nueve meses de ir de un centro de detención a otro– Amanda de Negri quedó en libertad. Fue gracias al programa de reunificación familiar del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur) y a su familia en el extranjero que gestionaron su pasaporte, que ella salió inmediatamente del país.

Con 25 dólares en sus bolsillos, Amanda fue trasladada

directamente desde el recinto en la comuna de San Joaquín al aeropuerto de Santiago. Su primer destino fue Canadá donde estuvo cinco años. Luego, viajó a África para quedarse por otros cuatro.

En el exilio no podía ejercer su título de abogada por lo que sus primeros trabajos fueron limpiando escritorios en una oficina, después cortando género en una empresa y, por último, ayudando en una investigación ligada a su profesión; pero siempre como ayudante y no como profesional certificada.

Es así como después de diez años en el exilio, Amanda de Negri vio su nombre en una lista que le permitía ingresar a su país. Ya separada de su marido y junto a su hija, en 1985 volvió a Chile.

Después de más de 40 años, asegura que si bien las secuelas físicas y psicológicas fueron grandes, cree que gracias a su ideología y a sus compañeras de prisión con las que sigue compartiendo, ha podido trabajar en ellas y reponerse de aquel triste episodio.

“Puede que me hayan maltratado físicamente de la manera más cruel que existe; pero la peor tortura es cuando te hacen ver cómo torturan a tu compañero. Es terrible. Hasta el día de hoy sueño con eso”, dice.

Era fines de agosto de 1974 y Mónica Llanca, una mujer delgada, de nariz perfilada y pelo trigueño, se tomó una semana de vacaciones para descansar y estar con su familia. Junto a su hijo Rodrigo –de dos años– decidió irse unos días

fuera de Santiago e ir a visitar a su suegra que vivía en Rengo, en la sexta región. Cuando regresó a Santiago con la hermana menor de su marido, Mónica encontró en su velador las entradas que tenía guardadas para el circo *Las águilas humanas*. Esa misma noche fueron a ver el espectáculo en familia: comieron cabritas, manzanas confitadas y se rieron con los payasos. A las doce de la noche llegaron a la casa, se acostaron y se durmieron profundamente.

Manuel Maturana, esposo de Mónica, se despertó de un susto con los fuertes golpes que se escuchaban en la puerta. Se dio cuenta que eran las tres y media de la madrugada y se levantó a ver qué estaba pasando. En ese instante Mónica se despertó asustada y le preguntó a Manuel qué estaba sucediendo. Él sutilmente corrió la cortina y se dio cuenta que era un grupo de militares los que golpeaban. Miró a Mónica y le dijo: “Me vienen a buscar”.

Para el día del golpe militar, Manuel Maturana fue despedido inmediatamente de Cementos Polpaico, debido a su militancia en el Partido Comunista. Junto a él, varios de sus compañeros habían sido despedidos de la empresa y detenidos por la DINA. Manuel, estaba consciente de que a él también le podía suceder.

–¿Qué hago? –le preguntó asustado a Mónica.

–Hazlos pasar, no nos queda de otra –respondió ella.

Manuel abrió la puerta de la casa y entraron violentamente cuatro hombres.

–¿Dónde está tu esposa? –le preguntó uno de los militares.

–Está durmiendo en su habitación, junto a mi hijo –respondió.

–¡Queremos verla! –agregó.

Entraron a la habitación de Mónica de forma agresiva y le pidieron el carnet de identidad. Ambos muy asustados y sin entender lo que estaba pasando buscaron el carnet de ella que estaba en su cartera y se lo mostraron. Uno de los agentes que estaba vestido de civil sacó de su bolsillo un papel arrugado y roñoso y vio una lista de nombres.

Al comprobar que el nombre de ella estaba en la lista, le dijo a Mónica que se vistiera y que se pusiera rápidamente los zapatos porque tenía que acompañarlos. Ante esto, Manuel les dijo que salieran de la pieza para que ella se pudiese vestir tranquila. Sin embargo, uno de los agentes le contestó: “No es la primera mujer que detenemos y, además, estamos atrasados”.

Mientras ella se vestía lo más rápido posible, el civil que estaba afuera de su habitación, le puso a Manuel una metralleta en las costillas.

–¿Dónde *tenís* las armas? –le preguntó.

–La única arma que tengo es el perro que está afuera –respondió.

Uno de los agentes entró a la pieza de Mónica para apurarla. Ante estos gritos Rodrigo se despertó. Mónica salió de la pieza con un chaleco de lana rojo, una falda y una chaqueta de cuero. Les dijo que estaba lista, pero antes de irse les pidió permiso para ir a buscar su cepillo de dientes. En ese minuto la tomaron de los brazos y la sacaron de la casa. Manuel les preguntó a dónde se la llevarían y ellos le respondieron que a Investigaciones.

–¿Por qué mejor no me llevan a mí y después ella va a

declarar? –preguntó nervioso Manuel.

–Es a ella a la que tenemos que llevar –le respondieron.

Antes de que la subieran a un vehículo, Manuel le pasó una moneda para que tuviera plata para la micro de regreso. La tomó, la abrazó fuerte y se dieron un beso tembloroso. Los agentes la subieron a un furgón azul que estaba estacionado en la esquina de la casa. Cuando partió el auto, Manuel se dio cuenta que dos vehículos más la estaban escoltando. Esa fue la última noche que vio a Mónica, su esposa y madre de su hijo.

Manuel tenía 22 años cuando conoció a Mónica, había llegado hace unos meses a Santiago para terminar sus estudios secundarios y encontrar un trabajo. En Rengo, donde vivía con sus padres, la situación económica era compleja. Fue por esto que llegó a vivir junto a unos tíos al barrio Carrascal, ubicado en Quinta Normal.

Como todo vecino nuevo llamaba la atención del barrio y para Mónica su llegada no fue indiferente. Cada vez que se topaban en la calle cruzaban miradas: cuando ella llegaba del colegio y cuando él se iba a estudiar en las noches. “Como yo estudiaba vespertino, llegaba como a las diez de la noche a la casa, y ella estaba siempre a esa misma hora afuera. Durante varios meses sólo nos mirábamos, no nos hablábamos”, cuenta Manuel.

Mónica estudiaba en el Liceo 15 de Quinta Normal y vivía con sus hermanas mayores. Su madre había fallecido cuando ella tenía doce años y su padre le dio la responsabilidad a ellas de cuidarla.

Era octubre y habían pasado meses desde que Manuel

había llegado a Santiago. Sin embargo, fue ese día cuando se cruzaron y hablaron por primera vez.

–Hola, ¿tienes hora? –preguntó ella.

–Sí, son las ocho de la noche –respondió él.

Desde ese día comenzaron hablar y tras dos años de pololeo, en 1971 decidieron casarse. Un año después nació su hijo, Rodrigo.

Manuel perdió de vista el auto al que habían subido a Mónica. Nervioso entró a la casa y abrazó a Rodrigo. Sin saber qué hacer y sin poder dormir en toda la noche, apenas aclaró partió donde la hermana mayor de ella, “Nené”. Le contó lo que había pasado y ambos partieron al Cuartel Central de Investigaciones. Apenas llegaron le dijeron que ella no estaba ahí y que nadie tenía información de su paradero. Derrotados iniciaron la búsqueda para encontrar a Mónica.

Durante esa tarde, Manuel fue a dar aviso al Registro Civil –lugar en el que Mónica trabajaba– de que ella estaba desaparecida. Inmediatamente las compañeras de trabajo de su esposa, llamaron a conocidos de Investigaciones para intentar descubrir algo. Sin embargo, les dieron la misma noticia que a él: no estaba en ese lugar.

Al día siguiente Manuel decidió ir al ministerio de Defensa a pedir ayuda, pero nadie le dio información. Cuando se estaba yendo, un señor le tocó la espalda y le dijo que en las oficinas del ex Congreso estaba la Secretaría Nacional de Detenidos (Sendet) y que ahí lo podían orientar o darle algún tipo de información. Inmediatamente se dirigió a ese lugar, pero nuevamente nadie sabía nada. Esa misma tarde decidió ir a la cárcel de mujeres, pero su esposa tampoco se encontraba

allí.

El 9 de septiembre –tres días después de la detención– un cura amigo de la familia de Mónica, les habló por primera vez a Manuel y “Nené” del Comité Pro Paz. “Yo no sabía que existía, pero él me explicó su funcionamiento, me dio la dirección y me dijo con quién podía hablar. Así empezó todo”, relata.

Apenas llegó al Comité le explicaron los pasos a seguir e inició un recurso de amparo. Desde ese día, Manuel comenzó a visitar todas las mañanas ese lugar, con la esperanza de encontrarla.

Manuel llevaba un año buscando a su esposa. Sin embargo, aún no había información de dónde estaba detenida ni mucho menos de cómo la estaban tratando. Un día cuando estaba en su casa, escuchó en la radio Balmaceda que un grupo de izquierdistas se habían baleado entre ellos. Subió el volumen de la radio y escuchó atentamente la lista con los nombres de los muertos. Mónica Chyslaine Llanca Iturra, mencionó el locutor que contaba la noticia. “Sentí escalofríos y salí corriendo como un loco al Comité Pro Paz. Ahí comenzamos con el análisis de la lista”, explica.

Apenas llegó al Comité, familiares que estaban en la misma situación que él lo intentaron calmar. En conjunto comenzaron a analizar cada detalle de la lista publicada.

Un tiempo antes, ellos habían elaborado una lista con los nombres de sus familiares que estaban desaparecidos, en la que había faltas de ortografías y no estaban en orden alfabético, para entregársela a las Naciones Unidas. “La lista que publicaron los medios tenía el mismo orden de los

nombres, las mismas faltas de ortografías, todo estaba igual. Por eso concluimos que era una invención de la DIN A para justificar la muerte de esas personas, si es que efectivamente las habían matado. Ese episodio fue muy traumático para mí”, dice Manuel.

Aquel montaje se conoce como el caso de los “119” en el marco de la Operación Colombo, en el que se dijo que 119 personas –en su mayoría militantes del MIR– supuestamente habían fallecido en enfrentamientos con policías extranjeras y por peleas internas entre ellos. Este fue uno de los tantos montajes mediáticos que la DIN A realizó.

Los años pasaban y Rodrigo crecía. Le preguntaba a Manuel a dónde estaba su mamá y por qué no estaba con ellos. En un principio le decía que había ido a comprar o que se encontraba de viaje. Sin embargo, estas excusas no lo convencieron. Por eso, con mucho dolor le tuvo que decir la verdad: “Se la llevaron los milicos, pero ya llegará”.

Rodrigo anhelaba que su madre llegara. Le decía a su padre que cuando ella volviera iban a criar pollitos, iban a ir a comprar un camión de juguete y que le iba a mostrar los dibujos que le había hecho. “Para mí fue difícil criar a Rodrigo solo, explicarle que su mamá no estaba y que él viviera todo el proceso de búsqueda siendo tan chico”, recuerda.

Manuel no se daba por vencido con la búsqueda de su esposa. Los testimonios de sobrevivientes que la vieron detenida, fueron fundamentales para armar el rompecabezas y así saber lo que sucedió con ella desde el día de su detención.

Durante el verano de 1991 Manuel se encontraba en su casa trabajando. En el descanso para ir almorzar leyó en el

diario que la actriz Sara Astica se presentaría en el Teatro Bellavista junto a su compañía y que, además, aprovecharía su viaje a Chile para dar declaraciones en algunos casos de detenidos desaparecidos.

Al leer esto, Manuel decidió ir a verla al teatro junto a Soledad —su actual pareja—. Cuando terminó la función de la obra, se pararon y fueron inmediatamente a los camarines. Cuando la encontraron, Manuel le pasó una tarjeta que decía su nombre y su teléfono. Sara la leyó y sin decirle nada lo abrazó muy fuerte.

—¿Por qué... Por qué la mataron? —le preguntó a Manuel.

—¿Tú la viste, verdad? —le responde él con tristeza.

—Sí, conviví con ella, intercambiábamos ropa interior, conversábamos y nos cuidábamos entre nosotras —le respondió.

—¿Cómo está Rodrigo? Debe estar enorme —le preguntó con entusiasmo a Manuel.

Se quedaron conversando por varios minutos. Ella le contaba sobre el estado de Mónica cuando estuvieron juntas en José Domingo Cañas; de sus miedos, de sus sueños y de que su mayor preocupación era su hijo. “Fue impresionante el encuentro, fue como si nos hubiésemos conocido de toda la vida. Saber con quién y dónde estuvo Mónica me alivió mucho”, relata Manuel.

Sara le pidió a Manuel y Soledad si podía ir a su casa para conocer a Rodrigo y para poder conversar con más calma. Sin dudar, ambos aceptaron. Para Sara el parecido de Rodrigo —que en ese entonces tenía 19 años— con su madre era innegable. “Le tapaba la cara con las manos y sólo le dejaba los ojos

descubiertos. Ella recordaba los ojos café de Mónica y decía que eran los mismos que los de Rodrigo”, dice Manuel.

Producto de las querellas que había interpuesto Manuel, descubrió que el militar que le había puesto la metralleta en las costillas el día de la detención era Miguel Krassnoff y que uno de los civiles que había participado ese mismo día era Osvaldo Romo. Como ambos trabajan en el mismo grupo y como Krassnoff era el jefe de José Domingo Cañas, eso le ratificó que Mónica había pasado por ese lugar.

Sara Astica, actriz que murió el año 2005, afirmó en una declaración jurada que compartió con Mónica unos días en el centro de tortura José Domingo Cañas, hasta que ambas fueron trasladadas a Cuatro Álamos.

Años antes de que Manuel supiera que Mónica había estado en José Domingo Cañas, tuvo un primer indicio de su paradero: ella había pasado por Cuatro Álamos.

Haciéndose pasar por un familiar visitó en la correccional de mujeres a una señora de apellido Martínez. Lo miraron con desconfianza, sin embargo, le accedieron la visita. Al ver a esta mujer, Manuel le empezó a contar que estaba buscando a su esposa que había sido detenida el 6 de septiembre. Sacó de su billetera una foto que tenía de Mónica y se la mostró.

–¿La ha visto? ¿Le parece conocida? –le preguntó él.

–Mmm... No, no la he visto nunca –respondió ella.

–Pero quizás mi hija sí –le dijo a Manuel.

Llamó a su hija, Sandra Machuca, que se encontraba en el mismo lugar y le mostró la foto. Al verla le dijo a Manuel: ¡Es Mónica! ¡Es Mónica! “Cuando la reconoció se me pusieron los pelos de punta, me puse a llorar de la emoción, por fin

después de tanto tiempo alguien la había reconocido”, relata Manuel.

Inmediatamente comenzó hacerle muchas preguntas sobre su esposa. Sandra le comentó que estaba asustada porque era acusada de falsificar documentos para militantes del MIR, pero que se encontraba bien dentro de las condiciones en las que estaba.

–¿Les daban comida? ¿Mónica podía alimentarse? –le preguntó preocupado Manuel.

–Nos daban leche –respondió Sandra.

–¡Pero Mónica no toma leche! –le dijo él.

–Pero la hacíamos tomar para que tuviese fuerzas cuando saliera –le respondió ella.

Ese mismo día y apenas salió de la correccional, Manuel se dirigió al Comité Pro Paz para avisar que había encontrado a un testigo que había estado con su esposa durante 20 días en el centro de detención Cuatro Álamos. Gracias a este testimonio, Manuel logró querellarse por secuestro en el Tercer Juzgado de Crimen de Santiago.

Manuel llevaba dos años buscando a Mónica y pese a los testimonios de prisioneras que la habían visto, aún no la podía encontrar. Junto a “Nené” y a otros familiares de detenidos desaparecidos organizaron una huelga de hambre durante 54 horas en la Iglesia San Francisco. Sin embargo, no sirvió de nada.

Dos años más tarde –en 1978– y sin tener novedades de dónde podría estar su esposa, Manuel nuevamente se sumó a una huelga de hambre. Durante 17 días y en distintas iglesias de Santiago, más de 200 personas tenían la esperanza de tener

noticias sobre sus familiares. Sin embargo, esta tampoco dio resultado.

Rodrigo tenía diez años y estaban preparando la once con su padre cuando en el noticiero central apareció una noticia sobre los detenidos desaparecidos de Argentina. Ambos escucharon muy atentos lo que informaban. Mientras Rodrigo ponía los platos en la mesa, le dijo a Manuel: “Papá, yo creo que los milicos mataron a mi mamá”. Sin saber que responder, Manuel se quedó en blanco y con una sensación amarga. “Me impresionó mucho que me dijera eso, pero desde ese día me cambió el *switch*. Yo no aceptaba que ella estuviera muerta, pero luego de eso empecé a reflexionar sobre el tema y comencé a procesarlo”, relata.

Cuando Mónica, Manuel y Rodrigo regresaron del circo, nunca se imaginaron que sus vidas cambiarían para siempre. Como cualquier pareja recién casada tenían miles de proyectos por hacer. Sin embargo, esa madrugada todo cambió para los tres.

Actualmente, Mónica Llanca pertenece a la lista de las miles de personas que figuran como detenidos desaparecidos de la dictadura de Pinochet. En la casa de memoria José Domingo Cañas, su nombre aparece tallado en las maderas que se encuentran en el suelo de la entrada del lugar, al igual que el de los compañeros que pasaron por ese centro. “Desde que se la llevaron los de la DINA mi vida fue cortada, teníamos un proyecto de vida y llegan estos hombres y te la cortan para siempre. Yo sentí que me iba a morir; no comía, no dormía, quería estar solo sin que nadie me hablara. Tuve una depresión muy fuerte, es un dolor que llevaré durante

todo mi vida”, dice Manuel.

CAPÍTULO 5:
La “Venda Sexy”

Cuando somos capaces de reír, de disfrutar la vida, demostramos que no pudieron destruirnos. Pasamos atrocidades, pero somos capaces de ser felices porque somos personas dignas. Nuestros torturadores, no.

Alejandra Holzapfel – Entrevista en The
Clinic *online*, 11 de septiembre de 2013

La mañana del 10 de diciembre de 1974, Beatriz Bataszew decidió que se tenía que esconder. La represión hacia el MIR –movimiento en el que militaba– era cada vez más dura y, a sus 20 años, debía encontrar un lugar seguro donde refugiarse.

Ese día, Beatriz fue a la Universidad de Chile donde estudiaba Ingeniería Forestal y supo que los agentes de la DINA habían estado ahí durante el fin de semana. “Este es el último día que vengo”, pensó. Tomó sus cosas y se fue a su casa. Debía avisar que no volvería en un tiempo más.

–Me tengo que ir a *fondear* –le dijo Beatriz a sus papás cuando llegó a su casa en Ñuñoa.

–Quédate, nosotros te vamos a proteger. Esta es tu casa –respondió preocupada su mamá.

Los padres de Beatriz no entendían el peligro que corrían si es que su hija se quedaba ahí. “Si me quedo me van a agarrar y los van a agarrar a ustedes”, les explicaba ella. Beatriz logró salir de su casa, pero ya era muy tarde para ir a su escondite en Maipú. Entonces, decidió ir a pasar la noche al departamento de su amiga Alejandra Holzapfel.

Alejandra, al igual que Beatriz, era militante del MIR. Tenía 21 años y era alumna de Medicina Veterinaria en la Universidad de Chile. Aquella noche recibió a Beatriz en su departamento de calle Valentín Letelier –en el centro de Santiago–, comieron junto a la madre de Alejandra y luego se fueron a dormir.

Beatriz debía partir muy temprano a su escondite, sin embargo, un fuerte ruido las despertó en la madrugada del 11 de diciembre. Fernando Lauriani, agente de la DINA, había llegado al departamento decidido a llevarse detenida a

Alejandra. Su madre trató de que ellos no entraran, pero su esfuerzo fue totalmente inútil.

Los hombres entraron a la pieza de Alejandra, donde Beatriz dormía en el suelo en un saco de dormir.

–Y tú, ¿qué estás haciendo aquí? –le dijo uno de los agentes a Beatriz.

–Estudiando –respondió ella.

–¿Tu mamá sabe dónde *estás*? –preguntó él.

–Por supuesto que sí –dijo con seguridad, a pesar de que su respuesta fuese inventada.

Los agentes llamaron por teléfono a la casa de Beatriz y su mamá les confirmó que, efectivamente, su hija estaba estudiando donde una amiga.

Un bolso con una muda de ropa, un cepillo de dientes, un sostén y un calzón, eran la evidencia de que Beatriz no se encontraba estudiando en la casa de Alejandra, sino que estaba de paso para poder escapar a otro lugar. Sin embargo, los agentes no se percataron de la prueba que podría haberla delatado.

Alejandra fue sacada de su departamento la mañana del 11 de diciembre de 1974 y llevada directamente a Villa Grimaldi. Beatriz no fue detenida. Ella se quedó en la casa de Alejandra y le explicó a la mamá de su amiga qué era lo que debía hacer ahora que Alejandra estaba detenida. Cuando se levantó el toque de queda, Beatriz se dirigió a la casa del hermano de Alejandra para avisar de su detención y luego continuó su camino hacia su escondite en Maipú.

Al día siguiente, un poco antes de las ocho de la noche del 12 de diciembre, Beatriz se encontraba camino al tercer punto que debía realizar esa semana. Los puntos eran pequeñas reuniones de no más de cinco minutos llevadas a cabo por militantes durante el periodo de la dictadura. En ellos, planificaban sus pasos a seguir mientras caminaban para no levantar sospechas en el resto de los transeúntes. Para los puntos se fijaba una hora de encuentro entre dos personas, se esperaba sólo un par de minutos y si el otro compañero no llegaba la persona se retiraba. Todo esto como medida de protección.

Ese día Beatriz debía encontrarse con un compañero en Las Condes. Minutos antes de las ocho comenzó a caminar rumbo al punto acordado. Beatriz tejía durante su trayecto. Andaba con un vestido corto, con escote y sin espalda, lo que llamó la atención de un muchacho que caminaba por el lugar.

—Y tú, ¿qué onda? ¿Para dónde vas? —le preguntó él intentando coquetear con Beatriz.

—Necesito un poco de silencio. Voy a Américo Vespucio, al parque, porque me gusta caminar y estar sola —respondió ella.

—Pero, ¿cómo vas a ir sola? —insistía él.

Lo único que quería Beatriz era que el hombre se fuera. Su compañero estaba por llegar. Afortunadamente para ella, el muchacho entró a una zapatería que estaba en el camino.

Cuando estaba a punto de encontrarse con su compañero, en la intersección de las calles Vaticano y Alcántara, ambos fueron rodeados por un grupo de agentes de la DINA. En ese instante, el hombre que había intentado coquetear con Beatriz

iba saliendo de la zapatería cuando vio la escena. Beatriz le hizo un gesto y también lo tomaron detenido.

Los agentes metieron a empujones a Beatriz y a su compañero al auto. El hombre que había salido de la zapatería no entendía nada, le decía a los agentes que era estudiante de Medicina, que estaba haciendo su internado y que por favor lo dejaran irse. Mientras tanto, Beatriz y su compañero se ponían de acuerdo sobre lo que podían y lo que no podían decir cuando fueran interrogados. Los agentes seguían sin meter al estudiante de Medicina al auto, hasta que sacaron sus armas y lo ingresaron a la fuerza. El auto avanzó dos cuadras y, finalmente, lo abandonaron afuera de su casa.

Un poco más adelante, el vehículo se detuvo. A Beatriz y a su compañero les pusieron *scotch* en los ojos y lentes de sol oscuros. El auto reanudó su marcha y comenzó a andar por Américo Vespucio en dirección a Macul. Beatriz junto a su compañero fueron llevados a la “Venda Sexy”.

La casa conocida como “Venda Sexy” o *Discoteque* estaba ubicada en un sector residencial en la comuna de Macul; y comenzó a funcionar de manera casi ininterrumpida desde fines de agosto de 1974, hasta el 26 de diciembre del mismo año.

El nombre “Venda Sexy” proviene del apelativo que los prisioneros y prisioneras que sobrevivieron le pusieron al recinto, ya que aún no se conoce el nombre clave que la DINA le tenía a este lugar. Este nombre no es al azar: una proporción importante de las torturas allí aplicadas, tenían connotación sexual.

Cuando Beatriz llegó, sintió el sonido de un portón

abriéndose para que el auto ingresara. Fue separada de inmediato de su compañero y la llevaron al *living* de la casa, donde le quitaron sus pertenencias y le pidieron algunos datos. Luego la llevaron al subterráneo y la desnudaron. “Cada vez que uno iba al subterráneo, los *gallos* gozaban con lo que te estaban haciendo”, recuerda.

Esa noche, Beatriz fue llevada al subterráneo en tres oportunidades. “Yo creo que fue la noche más violenta desde el punto de vista de la tortura”, reflexiona.

Cuando Alejandra llegó a Villa Grimaldi, de inmediato fue llevada a la *parrilla* y violada por uno de los agentes. Durante las sesiones de tortura, le preguntaban:

–¿Tú eres el Lucas?

–No, yo no soy el Lucas –respondía ella.

–¿Y cuál es tu nombre político?

–No es Lucas –decía Alejandra mientras la tortura continuaba.

Alejandra Holzapfel fue capturada por la delación de Humberto Menanteaux, integrante del Comité Central del MIR y conocido políticamente como “Lucas”. El hombre al que Alejandra protegía durante sus torturas al guardar silencio, era precisamente el que la había delatado.

Ella y Humberto se habían conocido años antes, cuando ambos participaron de un homenaje a Ernesto “Che” Guevara realizado en la Universidad de Chile. Alejandra invitó a sus compañeros a quedarse a su casa para avanzar en una

exposición que debían terminar para ese evento. Humberto se encontraba entre los jóvenes que conocieron el departamento de Alejandra en esa oportunidad. Sin embargo, lo que ella no sabía era que a partir de este hecho, Humberto la delataría durante una de sus torturas.

Alejandra recién se enteró de que Menanteaux la había delatado el segundo día en que se encontraba en Villa Grimaldi. La llevaban caminando bajo una parra de uvas cuando a través de la venda pudo distinguir los colores fuertes, típicos de la vestimenta que usaba Humberto. Ella lo reconoció de inmediato cuando él le comenzó a hablar.

–“Conejita”, no vale la pena que te torturen, entrega toda la información que tienes, todo lo que conoces –le decía Menanteaux en ese supuesto encuentro casual.

Alejandra escuchaba atenta, sin decir una palabra.

–Porque de mil compañeros, hay 999 que ya están presos, que han caído y no vale la pena que te maltraten –agregó Humberto.

–¡Aunque sea uno que quede afuera, volveremos a ser mil! –gritó ella.

El puñetazo de Basclay Zapata en su estómago la hizo guardar silencio. Alejandra cayó al suelo y luego de un rato, fue llevada a la pieza de mujeres.

Después de cinco días prisionera en Villa Grimaldi, Alejandra fue trasladada a la “Venda Sexy”. Cuando ingresó a la casa de calle Irán fue llevada a la pieza de mujeres donde se encontró con Beatriz que le contó todo lo que había ocurrido después de su detención.

Beatriz estuvo vendada en todo momento. Cuando la llevaban al subterráneo, lo primero que hacían los agentes era desnudarla. Ella dice que percibía que en ese lugar había cuatro o cinco hombres que eran los encargados de hacer ruido mientras otros le inferían las torturas.

Un método que ocupaba la DINA para que los vecinos de la casa de Macul no escucharan los gritos de los prisioneros mientras los torturaban, era poner la música a un volumen muy alto. Por eso este lugar también era conocido como la *discoteque*.

“Deberías estar en tu casa, *bueona culiá*”, le decían los hombres mientras la golpeaban en el subterráneo. Beatriz no podía defenderse y las amenazas de que utilizarían otros métodos de tortura contra ella eran reiteradas. “A ellos les molestaba que nosotras estuviéramos metidas en política. Una mujer con proyectos propios, que tomara decisiones sobre su vida, era tremendamente subversiva y tenía que ser castigada”, dice.

A pesar de los castigos que recibía, Beatriz cuenta que ella siempre trató de resistir el dolor físico que las torturas le provocaban. “El dolor era brutal, pero uno resistía por sus convicciones, por el cariño y por la lealtad que sentíamos por nuestros compañeros”, recuerda.

Las prisioneras ocupaban diversos mecanismos para poder identificar a quienes estaban junto a ellas en este centro de tortura. Muchas veces –a pesar de las órdenes expresas de no hacerlo– se levantaban la venda para poder ver a sus

compañeras. Si alguna era descubierta haciendo esto, recibía golpes como forma de castigo.

Las mujeres dentro de la casa siempre se mantuvieron comunicadas a pesar de estar vendadas. Cuando alguna llegaba de la tortura, le contaba a las otras qué era lo que le habían hecho los agentes para que estuvieran preparadas. “Así yo constaté que de verdad existía el perro”, cuenta Beatriz.

Un día los agentes hicieron que los prisioneros se sentaran en una mesa para comer. A algunos les dieron pollo. A otros sólo les dieron el agua con la que cocinaron el pollo. Beatriz recuerda que uno de los hombres que estaba en ese lugar, Félix de la Jara, reclamó por esa situación. Los agentes se enfurecieron con él y lo castigaron. Hoy, Félix se encuentra en el listado de detenidos desaparecidos de la “Venda Sexy”.

Durante su estadía de seis días en la “Venda Sexy”, Beatriz recibió golpes, simulacros de fusilamiento y electricidad. Los agentes la obligaron a realizar prácticas sexuales con otro de sus compañeros que estaba detenido. Este hecho no fue consensuado ni por ella ni por su compañero. También la toquetearon, le pusieron corriente en la vagina y la violaron en el segundo piso de la casa.

Luego de su paso por la “Venda Sexy”, Beatriz fue trasladada a Cuatro Álamos donde estuvo 20 días. Después, la pasaron a libre plática. Cada vez que ella salía de algún centro, memorizaba la mayor cantidad de nombres de compañeros para llevar la información al próximo lugar donde la llevaran. Lo mismo hicieron muchos otros prisioneros y prisioneras.

Cuando estaba en Tres Álamos, el papá de Beatriz consiguió que le dieran asilo en Polonia. Ella se negó y no

quiso irse: sentía que en Chile estaba su lugar. Beatriz recuerda también que en Tres Álamos formó amistades muy fuertes con sus compañeras y que en ese lugar “hicieron el socialismo más profundo”, porque compartían todo lo que sus familiares les llevaban.

Es por eso que cuando le avisaron que saldría en libertad, su mundo se desmoronó: ya no tenía pareja –porque su compañero era ahora detenido desaparecido– y tampoco tenía a sus amigos, pero debía salir y reintegrarse nuevamente a la realidad.

Beatriz vivió su exilio en Francia. A fines de 1976, mientras celebraba Navidad, comenzó a recordar a sus compañeros de partido y a las mujeres con las que había compartido durante su detención. Tenía noticias de que muchas personas seguían siendo detenidas y torturadas en Chile, por lo que la culpa comenzó a inundar sus pensamientos. “Yo tengo ese recuerdo muy grabado. Dejé de pasarlo bien y pensé: ‘Esto no puede ser’”, recuerda.

Beatriz volvió a Chile y actualmente está trabajando junto a otras compañeras por la tipificación del delito de violencia política sexual en nuestro país. Además, es una activista en causas de derechos humanos y lucha día a día para que los sobrevivientes de la dictadura tengan acceso a la justicia y puedan querrellarse contra sus victimarios.

Los agentes de la DINA, llevaban a las prisioneras al subterráneo o a una pieza ubicada en el segundo piso de la

casa de Macul para violarlas. Sin embargo, “en la ‘Venda Sexy’ se dio una forma de resistencia muy impresionante, muy valiosa”, cuenta Alejandra.

A los agentes no les gustaba violar a mujeres que se encontraran menstruando. “Está con la regla, entonces no la toco”, decían ellos. La forma de resistencia que encontraron las mujeres era prestarse sus toallas higiénicas o dejar escondido en el baño un paño con sangre –de cualquier herida que tuvieran– para mancharse y no ser violadas.

La solidaridad y el compañerismo siempre estuvieron presentes entre los prisioneros y prisioneras de este centro clandestino. “Cuando llegábamos de la tortura nos hacíamos cariño, nos protegíamos, nos tocábamos”, cuenta Alejandra, agregando que “siempre había una palabra de cariño y de ánimo ante esa situación”.

Además de las violaciones a las prisioneras, los agentes se especializaron en otro método de tortura: la violación con perros a las detenidas. En este centro tenían a Volodia, un perro ovejero alemán entrenado por la mayor de Carabineros Ingrid Olderock para violar a prisioneras.

Beatriz y Alejandra sufrieron la vejación del perro Volodia, cuyo nombre había sido puesto por los agentes como burla a Volodia Teitelboim, un alto dirigente del Partido Comunista. Estos hombres hacían que las prisioneras adoptaran diversas posiciones para facilitar la penetración del animal.

Después de haber estado diez días en la “Venda Sexy”, Alejandra fue trasladada a Cuatro Álamos donde estuvo diez días más. Luego, los agentes consideraron que ya estaba lista para pasar a Tres Álamos donde estuvo prisionera hasta abril

de 1975. Un día, los agentes la sacaron sin darle ninguna explicación.

La llevaron a un cuartel de la Policía de Investigaciones, después la hicieron pasar por su casa para, finalmente, llevarla directo al aeropuerto. Cuando llegó sus amigos, sus profesores y sus compañeros de partido estaban esperándola. “¡Chao, Alejandra! ¡Que te vaya bien!”, le gritaban. Diez metros de distancia los separaban. No hubo abrazos, pero sin duda, era una despedida: Alejandra partía al exilio.

Su vuelo hacía escala en Buenos Aires. En esa época, la dictadura argentina también hacía desaparecer a sus detractores. El tío de Alejandra estaba muy asustado de que algo pudiese pasarle a su sobrina. Por lo mismo, tomó un avión para estar en tránsito cuando ella llegara a Buenos Aires. Le regaló un bolso lleno de dulces, un reloj de oro que podía empeñar si es que le faltaba dinero y la fue a dejar al avión con destino a Europa. Alejandra estaba segura.

Años más tarde, cuando ella se encontraba en el exilio en la República Democrática Alemana (RDA), se dio cuenta de las consecuencias que le trajo la tortura. “Le tenía miedo a los animales. Caminaba por la calle, me encontraba con un animal y empezaba a tiritar. Me tiraba al suelo, me quedaba la *cagá*”, cuenta.

Alejandra había abandonado sus estudios de Medicina Veterinaria producto de su detención. Sin embargo, cuando se encontraba en el exilio recibía cartas de su madre que decían: “Alejandrita, termine de estudiar, usted era feliz con sus animales”. La presión y el miedo de causarle daño hicieron que Alejandra terminara de estudiar la carrera que ahora tanto

le atemorizaba. No tuvo Clínica Menor: en ese ramo tenía que tener contacto con los animales y ella no estaba en condiciones de hacerlo. “Nunca tuve mucha fuerza para ir a clases, nunca fui con ganas, siempre fui por mi mamá”, asegura.

Recuerda que en varias oportunidades le dijo a su madre que no quería seguir estudiando, pero nunca le dijo el verdadero motivo por el que quería tomar esta decisión. La mamá de Alejandra falleció el año 2013 y su hija nunca le contó que había sido violada por un perro. “Es una de las historias más terribles y dolorosas que yo sólo he podido enfrentar hace muy pocos años”, contó Alejandra a *The Clinic* online, con motivo de la conmemoración de los 40 años del golpe militar.

Otra de las secuelas que tuvo fue adquirir una fobia a los hombres. “Yo veía a un hombre y me iba, lloraba, me deprimía. Me bajó un terror de acercarme a ellos”, asegura. A pesar de tener atención médica, dice que si no hubiese sido por su propia voluntad, no habría podido superar este tema.

Luego de años en el exilio, Alejandra volvió a Chile y comenzó a trabajar junto a Beatriz por la tipificación del delito de violencia política sexual. “Yo lo único que quisiera es que se tipificara ese tipo de violencia en este país para que nunca más una mujer joven, una *lola* bonita, con sueños y con ideales, tuviera que pasar lo que nosotras pasamos. Eso es lo que a mí me dejaría tranquila antes de morir, que nunca más volviera a ocurrir lo que a mí me pasó”, reflexiona Alejandra.

El 15 de diciembre de 1974, Nora Guillén de 34 años, caminaba rumbo a su casa ubicada en calle José Domingo Cañas. Cuando estaba adentro un grupo de hombres tocó la puerta y preguntaron por ella. La madre de Nora estaba muy preocupada porque no quería que los agentes de la DINA se llevaran a su hija. “No se preocupe, le vamos a hacer unas preguntas y la vamos a traer”, le dijeron los hombres para tranquilizarla. La madre de Nora insistía en que por favor no se llevaran a su hija, sin embargo, los agentes tomaron a Nora y la metieron a un auto. Media cuadra más adelante, le vendaron los ojos y la llevaron a la “Venda Sexy”.

Cuando llegó a Macul y la bajaron del auto se dio cuenta que estaba en una casa particular porque escuchó el sonido de la reja al cerrarse. La hicieron entrar a una sala y le dijeron que tenía que esperar al jefe para que le hiciera algunas preguntas.

La tuvieron ahí durante horas hasta que llegó uno de los hombres que la había ido a buscar a su casa. Después de algunas preguntas de rutina, la mandaron a la pieza de mujeres. Nora seguía vendada, pero comenzó a tener contacto con sus compañeras. “Te tapan la vista, pero empiezas a escuchar mejor, a usar otros sentidos. Así nos comunicábamos”, cuenta.

Estuvo detenida por sólo tres días en la “Venda Sexy”, por ser simpatizante del MIR. Su poco tiempo de estadía no hizo que los torturadores fuesen menos severos con ella. En una oportunidad, Nora fue llevada a declarar a una pieza. Cuando llegó, el hombre que la torturaría estaba hablando por teléfono.

–Mi amor, luego me voy a ir –le decía el hombre a la persona que lo escuchaba al otro lado del auricular.

Nora sintió mucha impotencia. Ese hombre que hablaba dulcemente con su esposa por teléfono, era el mismo que pocos minutos después le haría un daño físico brutal. Fue en ese momento cuando ella le dijo a su torturador: “Y usted, ¿le ha contado a su señora, a sus hijos, a su familia, lo que hace acá?”. Esta pregunta sacó al hombre de sus casillas e hizo que otro de los agentes la golpeará brutalmente.

Ella afirma que las mujeres llegaban en muy mal estado luego de los interrogatorios. Era en esos momentos cuando la cercanía entre las compañeras se hacía presente. “Ahí se manifestaba esa solidaridad de persona-hermana”, asegura.

Según cuenta, en los interrogatorios les sacaban la ropa a tirones, las maltrataban y también las violaban. “Nos decían que éramos terroristas, mujeres malas, destructoras de familias”, dice Nora.

Pero no sólo los torturadores castigaban a las mujeres, también lo hacían los guardias del lugar: “Generalmente los guardias eran hombres jóvenes. Ellos eran los que se acercaban a tocarnos, a manosearnos. Les daban permiso para eso. Fue una experiencia muy dura”, afirma.

Las detenidas eran llevadas al baño por los agentes en los horarios que ellos estipulaban, sin considerar las necesidades fisiológicas que tenía cada una de ellas.

En su segundo día en la “Venda Sexy”, Nora y sus compañeras fueron sacadas al baño. Entró con una de ellas y, sin que nadie las viera, se sacaron la venda que cubría sus ojos. Nora se percató que la mujer con la que había entrado al baño era una vieja conocida: ambas habían estado juntas en clases de danza cuando eran pequeñas. Se abrazaron muy fuerte, se

pusieron la venda y salieron del baño.

Luego de su paso por la “Venda Sexy”, Nora fue trasladada a Cuatro Álamos. Después de unos días incomunicada, los agentes decidieron pasarla a libre plática. En Tres Álamos se sentía más tranquila: estaba junto a sus compañeras y tenía visitas de sus familiares una o dos veces a la semana. Allí participaba de los cursos que impartían sus compañeras y compartía las comidas junto a ellas. “Aprovechábamos todo lo mejor posible para que fuera una experiencia enriquecedora, tanto en lo humano como en los conocimientos”, dice. Además, Nora afirma que en este lugar fue donde “se estrecharon los lazos”.

Un día, se vivió un alboroto en el pabellón de mujeres de Tres Álamos. “¿Cómo vas a ir?”, le preguntaban algunas compañeras. Una de ellas le trajo una blusa, otra una falda. “Ven que te voy a peinar un poco”, le dijo otra compañera. El 11 de febrero de 1975 era un día muy importante para Nora: se casaría con Boris Chornik que también estaba detenido en el mismo lugar.

Nora y Boris eran pareja al momento de su detención. En una oportunidad, cuando ambos estaban en Tres Álamos, Boris pidió una entrevista con Nora y se la concedieron. “Él me propuso que nos casáramos”, recuerda. Si uno de ellos lograba la libertad, por los programas de reunificación familiar de las Naciones Unidas, podían pedir la libertad del otro.

El papá de Boris realizó las gestiones en el Registro Civil de San Miguel para que un oficial los fuera a casar al campo de prisioneros. Nora y Boris fueron sacados de sus respectivos pabellones y fueron conducidos a una oficina dentro del

recinto. Allí se casaron en presencia de sus padres. No hubo celebración conjunta. Luego de la ceremonia, cada uno volvió a su pabellón. Como la mamá de Nora intuía que esto podía suceder, llevó dos tortas de matrimonio para que cada uno de los novios celebrara junto a sus compañeros. “Esas son las cosas que nos unen con las compañeras”, recuerda Nora. Después de un tiempo, ella y Boris fueron expulsados juntos del país y vivieron su exilio durante trece años en Venezuela y Estados Unidos.

“Ha sido una vida bien variada: una vida con pruebas, con aspectos duros y otros relativamente mejores. A pesar de todo, yo salí con un compañero y eso nos hizo mejor la vida”, reflexiona Nora luego de 40 años de matrimonio.

